

contra Los salmones de la 35

Corrientes

Escapar de la trampa presente en esta publicación



que nos entrapa

todo el que hiciese el esfuerzo debería estar de escribir que re-escribieron hasta cuatro veces su versión.

para escapar de Otra trampa

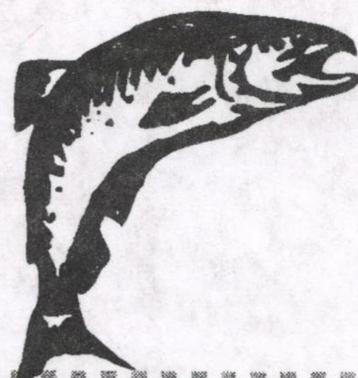
que tienen los mejores, a aquellos que re-escribieron hasta cuatro veces su versión.

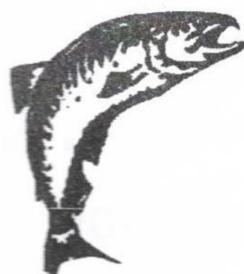
No sólo premiar a los mejores, a aquellos que tienen el don de la escritura Sino, a también a esos otros, a aquellos que re-escribieron hasta cuatro veces su versión.

Leer para escribir y aceptar el desafío sólo para aprobar y aceptar de escribir para publicar...

Escribir para leer

Escribir para leer por placer.



E**C****I****D****N****I**

2. Dispararon	R. Chiacchiera
3. Fugitivo amor	B. Orellana
4. La fuga	M. Poliserpi
5. Uno a uno	C. Sancho
6. ¡Ni Flash Gordon se salvó!	S. Calvento
7. De una vez y para siempre	M. Fit
9. El sueño del pibe	M. Cesari
10. Una línea difusa	A. Moreno
12. Antes de la mañana verde.....	H. Quintremán
13. No hagas tango	M. Triñanes, T. Sander y M. Fit
15. Fuga de corazones	L. Cambeces
16. Perdónalos... ¿no saben lo que hacen?	T. Sander
17. Superhéroes	E. Baleri
18. El día en que las puertas del cielo se abrieron	V. Juri
19. Un día de mierda	L. González, L. Martínez y A. Moreno
20. Sueños sin olor a aserrín	L. Bayer, L. Rosales y B. Oliva
21. Almada	S. Amillano
23. Presente con aviso	J. Nicolaus
25. Caballito blanco	L. Pérez Quezada
26. ¡¡¡Cómo cuesta dormir cuando se necesita dormir!!!	L. Ponzoni
28. Mis jinetes, los locos del Apocalipsis	M. Alarcón
29. Días de puntadas	V. Vale
30. Dos huevos fritos	C. Yáñez y A. Almonacid
31. Por vos, mamá	M. Domínguez
32. La fábula del oso y el perezoso	R. Chiacchiera y J. Nicolaus
33. Las moscas	R. Chiacchiera, L. Reus y P. Espinar
34. Cómplice silencioso	M. Triñanes
35. Una de fútbol	A. Almonacid
36. Los pájaros no cantaron	N. Sepúlveda
38. A pesar de todo	A. Civetta
39. ¿Por qué no pensé?	M. Celeste
40. Una nueva noche fría	D. Dutrus
42. Hadas trágicas	M. Ciccioni y M. Celeste
43. Culpa	L. González
44. Uno más	R. Chiacchiera y J. Nicolaus
45. Una mañana distinta	M. Guerrero
46. Terapia de escape	A. Civetta
47. Los dinosaurios van a desaparecer	M. Pérez Valero
48. Caperucita y el complot falopero.....	D. Zabala
50. La mujer	L. Rosales
52. Subterráneo	C. Yáñez
53. Después de	L. Gajardo, Y. Lamas y C. Lagos
54. Silencios del corazón	M. Román
55. Amanece muerte	J. Parra, C. Yáñez y D. Zabala
56. Historia en una historia	L. Martínez y L. González
57. Espejismo	M. Oliva
58. El mocosito engañoso	M. Fit y M. Poliserpi
59. Técnicas, sistemas, juegos	D. Piccinini
60. Desborde de libertad	L. Reus
61. Atardecer teñido de negro	S. Álvarez, L. Cambese y S. Vásquez
62. El perro, el pájaro y el pollo	T. Sander y M. Triñanes
63. Pez de porcelana	L. Reus y M. Pérez Valero
64. Textos mínimos	L. Ponzoni, F. Dante, C. Sancho y M. Román

PUNTO DE PARTIDA



Escapar de la trampa de escribir sólo para aprobar y aceptar el desafío de escribir para publicar fue la propuesta cuando iniciamos el cursado de Lengua y Discurso II en este agosto de 2005.

Leer para escribir. Leer por placer. Escribir. Escribir para leer. Escribir y crear mundos de ficción. Escribir solo o en grupo. Escribir para publicar. Jugar estéticamente con las palabras. Agonizar junto a ellas. Dejar fluir la subjetividad, los sentimientos, las emociones, las valoraciones más profundas. Escrutar los textos ajenos desde lo que teorías críticas proponen. Producir textos propios ajustándolos a configuraciones retóricas preestablecidas. Leer. Escribir. Publicar. Tal fue la propuesta explícita en "Un Prólogo" de nuestro *Cuaderno de Cátedra*.

Propuesta que devino en pacto, pues los estudiantes aceptaron ir contra la corriente que tantas veces entrampa a docentes y alumnos. Y así, como salmones en el aula 35 remontamos río arriba.

Aula 35 que fue aula taller para la lectura de textos ajenos y propios, para la práctica escrituraria, para la corrección demorada y atenta, pues cada texto fue trabajado como una versión que podía mejorarse. Claro está, desde las posibilidades que cada estudiante-escritor tuviese en tanto tal.

Por ello, y también para escapar de otra trampa que nos entrampa, decimos que todo el que hiciese el esfuerzo debería estar presente en esta publicación que reúne lo trabajado en dos meses en una materia de primer año de la Licenciatura en Comunicación Social. No sólo premiar a los mejores, a aquellos que tienen el don de la escritura. Sino también a esos otros, a aquellos que re-escribieron hasta cuatro veces su versión.

Todos en febril actividad seleccionaron, combinaron, empernejaron sus palabras —Neruda dixit— para alcanzar la función expresiva y la función poética del lenguaje —Jakobson dixit— que fueron el eje de cuanta actividad les propusimos.

No todos los estudiantes están presentes en esta publicación. Algunos no alcanzaron a avizorar la urgencia de escribir, corregir, enviar a la casilla creada, presentarse para trabajar con el coordinador, aceptar la corrección, venir fuera de horario... A otros, tal vez, no les interesó la propuesta.

Y como las consignas proponían desplazarse desde textos literarios, considerados pre-texto para la creación, tomamos prestadas para este taller de escritura las palabras de Gorodischer, Ferrer, Vouillat, Olivari, Gironde, Pizarnik, González Tuñón, Larroca, Galeano, Álvarez, Monterroso, Birmajer, Bradbury, Capote, Allen, Dolina, Orgambide, Borges, Cortázar, Piglia, García Márquez, Soriano, Moyano, Faulkner, Serrano, Montero...

A todos los que confiaron en la propuesta, a los que hoy no están pero tal vez mañana sí, a los que por error hayamos omitido gracias por permitir que el aula de la universidad pública se convierta en un espacio de resistencia, de creación, de libertad, de contracorriente.

Lucrecia Reta

Dispararon

Romina Chiacchiera

UN LUGAR QUE DEBÍA ser feliz pero no lo era. No tenían casa, se las habían robado y ese era su refugio, donde les garantizaban seguridad. La única persona que luchaba por ellos, el padre de la patria palestina, estaba al borde de la muerte.

La mañana del 12 de octubre de 2004, Thawra¹ Mujimar tomaba notas encantada, fascinada como siempre. Ella era la más aplicada de la escuela primaria mixta de Jan Yunis A, al sur de la Franja de Gaza, de la Agencia de las Naciones Unidas para el Socorro de los Refugiados Palestinos. Se sentaba en el primer banco para no perderse nada, quería aprovechar la oportunidad de estudiar que no todos tenían.

Pero ese día no era como cualquier otro, irrumpieron cascos y borcegos, dispararon, dispararon como si no les importara que esos niños fueran inocentes, inocentes de nacer en una tierra usurpada. Dispararon como si sólo quisieran apagar a los palestinos, hacerlos desaparecer. Dispararon y se fueron cobardemente.

Un hiyab² blanco, como el cielo de ese día, se tiñó de rojo sangre. La inocencia de Thawra, su corta vida, le fue arrebatada por una opulenta bala, por una munición israelí.

Buscaron a su padre por el campo de refugiados y le dieron la triste noticia de que la pequeña luchaba por su vida en el hospital.

—Allah alim³ —le dijo la maestra de la niña.

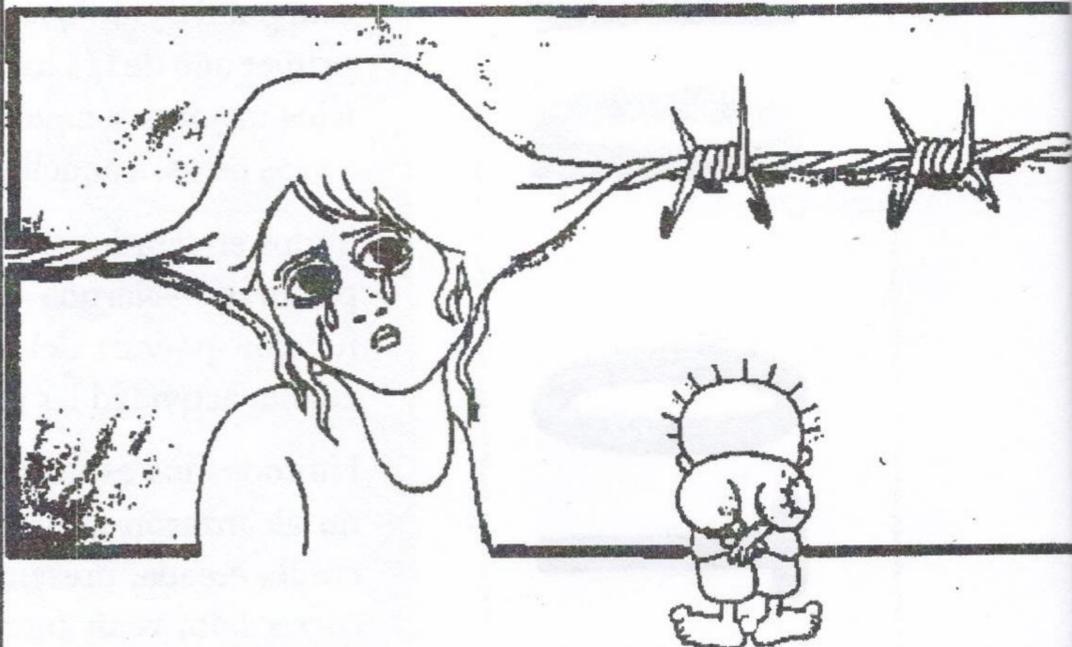
—Allah alim —respondió el padre—.

“Señor, me refugio en Ti contra las sugerencias de los demonios. Me refugio en Ti, Señor, contra su acoso”—⁴ agregó mientras cubría sus ojos para impedir que la tristeza, el desconsuelo y la bronca se le escaparan por los ojos.

Llegó la noche al árido lugar, oscura, fría. Llovió como nunca, como si Allah llorase desde el cielo el dolor y la agonía de Thawra. Fueron

veinticuatro horas interminables, los minutos parecían no tener fuerza para mover las pesadas agujas del reloj del hospital. El señor Mujimar caminaba de un lado al otro del largo pasillo blanco, impaciente, contenía las lágrimas, tratando de ser fuerte para los demás.

La mañana se hizo anunciar con tiroteos y estruendos de bombas en las cercanías. Lo terrible ocurrió.



—Assalamu alaikum⁵—dijo el padre al despedirla con un cálido beso en la mejilla.

—Walaikum assalam⁶—le pareció escuchar decir a la niña.

Las víctimas de ayer hoy son verdugos. ¿Quién podría imaginar que David fuese Goliat?⁷

¹ Thawra en árabe: *revolución*.

² Velo usado por las mujeres palestinas.

³ En árabe: “Allah sabe qué es lo mejor”.

⁴ Frase del Corán.

⁵ En árabe: “Que la paz este sobre ti”.

⁶ En árabe: “Que la paz este contigo”.

⁷ Frase sacada de “Intifada” de S-ka P.

Fugitivo Amor

Belén Orellana

—YO TAMBIÉN PUEDO... —dijo Pierana.

Miró por última vez el llano manzanero y acudió tras el silbido, los cascos y el hombre.

Él la esperaba con su larga cabellera negra, esbelto, de ojos oscuros y mirada misteriosa. Tenía grandes y resecaas manos y un aire de domador rebelde. Escuchó las tímidas pisadas de su amada, se dio vuelta y la admiró como a un ángel semidesnudo.

—¡Hola! —exclamó Pierana.

—Vamos... —respondió él con voz fuerte y rasposa.

—¿Es lo único que me vas a decir? —expresó tristemente la muchacha agachando la mirada.

No hubo respuesta. Simplemente se bajó de su corcel, la tomó entre sus brazos y la besó.

Fue un beso eterno, dulce y silencioso. Igual que él. La boca pintada de Pierana se había iluminado.

El atardecer se acercaba y los rayos del sol apenas rozaban los cuerpos de los amantes fugitivos. Pierana se subió al caballo y miró de nuevo el llano. Abrazó con fuerza a su guerrero, cerró sus ojos y susurro:

—Adiós Quimera, Guela... todas... —dijo por última vez a sus compañeras viejas y chismosas, esas que se habían empeñado en hacer de ella una lavandera más junto a un río de tradiciones milenarias.

Y con un suave golpecito al caballo desaparecieron como el fino aire.

La fuga

Mariana Polisepi

EL EDIFICIO POR FUERA se veía blanco y silencioso, las paredes eran blancas, las puertas también y el único contraste a la vista eran las tejas francesas que cubrían el techo. Por dentro era todo lo contrario, gente ruidosa que se movía permanentemente y decía cosas incomprensibles a lo largo de los interminables pasillos que tenían una puerta al lado de la otra, todas numeradas e iguales. La sala común también era blanca y las habitaciones seguían con la armonía del lugar pero, a pesar del aspecto de pureza y tranquilidad el edificio, por dentro era otro mundo.

Se despertó, miró alrededor y se dio cuenta de que todavía estaba todo blanco, las paredes, la puerta, las baldosas, todo igual que siempre, otra vez habían fallado, la próxima vez sería. El viejo Pelusa se levantó, se puso el bol que usaba como sombrero, las hojotas con medias y salió de la habitación. Caminó unos pasos y fue al habitáculo de su compa, el viejo Genaro. Lo zamarreó hasta que el amigo sin abrir los ojos le preguntó:

—Pelusa, decíme que las paredes son rojas o verdes o azul-verde.

Pelusa sintió que la tristeza lo invadía y dudó en contestarle, pero finalmente le respondió:

—Blancas Genarito, todavía son blancas pero ya las vamos a pintar, hoy es la última vez que intentamos.

Genaro, al igual que Pelusa, se desesperanzó, pero se levantó, agarró su bol amarillo que le hacía juego con las alpargatas y salió de la habitación siguiendo a su compa Pelusa.

Caminaron por un pasillo largo hasta llegar a la sala en donde estaba el resto. Saludaron a las señoritas con la torre Eiffel sobre la cabeza, se sentaron en un rincón apartado de los bullicios generales y Pelusa comenzó con su plan.

—Genaro, esta vez lo vamos a hacer. Es el balcón Genaro, es el balcón. Esta es la última. Ya intentamos con el lavarropas, el inodoro y nunca nos dejaron, es el balcón.

Genaro sólo asintió.

Los dos sabían que el cuerpo estaba agotado y querían ver las paredes de otro color antes de morir.

—Será entonces después de almorzar Pelusa.

Pelusa asintió.

Se retiraron de la sala y los separaron a cada uno en su habitación y mientras Pelusa hablaba consigo mismo de los delfines verdes, cardúmenes de álamos, Genaro hablaba de partir, como en el verso de Pizarnik.

Después de almorzar se juntaron, ya no quedaba nadie en la sala común, se acercaron al balcón y Pelusa habló:

—A la cuenta de tres Genaro. Uno, dos, tres...

No sintieron nada, se levantaron sin las piernas, se miraron sin los ojos y hablaron sin la voz. Las paredes ya no eran blancas.

Uno a uno

Celeste Sancho

EL PRIMER REGALO del que tengo memoria es una cámara filmadora. Me la había hecho papá con una botella de aceite para motos. Quizás un aceite que él uso para su irremplazable Daelim. Era gris y le había hecho las tres pelotas de Telefé con cartulina y las había pegado con con-tac en uno de los laterales. Hasta ese trabajo se había tomado. Era tan grande su entusiasmo. También le había puesto a la tapa del recipiente un hilo para que cuando yo quisiese grabar se la sacara y, cuando no, tapara la lente como en las cámaras reales. No podía ser que me pasara los días jugando a hacer programas de televisión y no tuviera mi propia filmadora.

Nunca fui de tener muchos juguetes. Nunca necesité de ellos. Mientras mis hermanas se desvivían por jugar a las Barbies, yo pasaba mis tardes jugando sola a ser Cris Morena y conducir "Jugate Conmigo". A veces también me transformaba en Xuxa o en algunas de las conductoras de "Nubeluz". Siempre en compañía de la cámara que me había hecho papá.

Recuerdo, como si fuera hoy, verlo llegar prolijo de la cabeza a los pies, con su tubo de planos y su cara cansada por lo mal que le iban las cosas. No había obras. Y las que hacía no se las pagaban. Pero a pesar de su cansancio, siempre tenía una sonrisa para regalarme. Su moto fue su devoción desde que se la compró en 1991. Siempre le gustaron los autos y las motos, pero el amor por su Daelim fue a primera vista.

Los jueves eran los días más felices en mi casa. Eran los días que más esperábamos. Eran los días que daban "Grande Pá". También recuerdo

de aquella época el clásico de los domingos, "Ritmo de la Noche".

Las cosas en Córdoba no eran fáciles. El uno a uno del menemismo si bien sirvió para que la gente de la clase media como nosotros comprara electrodomésticos baratos y viajara al exterior fácilmente, también sirvió para que se cerraran fábricas porque era más rentable comprar afuera que producir en la Argentina. El 95 fue testigo de la crisis que nos trajo a mi familia y a mí a tierras neuquinas. Fue en esa mudanza cuando mi increíble y sencilla filmadora quedó en el camino.

Como tantas otras familias debimos partir para buscar nuevos y mejores horizontes. Lo dejamos todo. ¡Qué duro fue al principio!, pero sabíamos que era lo mejor. Acomodarnos no fue para nada fácil, tanto que papá debió resignar su moto por algunos billetes. Su moto, su amor. Le dolió casi tanto como a mí me dolió perder la cámara que él mismo me había hecho.

Hoy, al salir del trabajo, fui a visitarlo a esa casa que ya pasó a ser de carne y hueso. A esa casa que nos recibió desde nuestra llegada. Papá me cebó unos amargos como cuando vivía ahí. Recordamos tantas cosas... Las lindas y las feas. Las que perdimos y las que ganamos. Coincidimos en que lo que marcó nuestras vidas fue la crisis del 95. A los dos nos había llevado algo. Nos dimos un abrazo. Mi papá por su Daelim y yo por esa filmadora que tantos momentos de mi infancia atesoró.

¡Ni Flash Gordon se salvó!

Siboney Calvento

FLASH GORDON acababa de concluir una difícil misión en el planeta Mongo. Frente al espejo ubicado en una de las cabinas de la aeronave de su amigo, el científico Zarkov, echó una ojeada a su figura. Alto, atlético, irresistible. Se arregló el cabello, ligeramente despeinado y examinó su traje: malla brillante ajustada al cuerpo, botas negras, relucientes, hasta media pierna.

No parecía que volvía de una guerra tan encarnizada. Brevemente pasó revista a lo ocurrido en las últimas semanas cuando había tenido que enfrentar a los ejércitos del emperador Ming *el Cruel*.

El villano había desplegado todo un arsenal de armas sofisticadas: desde los rayos paralizantes hasta los cañones desmolecurizadores, pasando por los emisores de ultrasonidos, capaces de licuar los sesos de cualquiera que no fuera Flash o alguno de sus valientes aliados.

Había logrado vencer a una terrible planta carnívora con la ayuda de sus amigos, los hombres del planeta Arbórea, y había derribado a casi todas las naves del Emperador, auxiliado por los hombres-halcones.

Recordaba a Ming, sumido en la amargura de su derrota, solo, al pie de su trono real. Su oscuro cabello, casi siempre cubierto, sus ojos oblicuos, de mirada astuta y maligna, envuelto en su amplia capa que casi le ocultaba los pies, y sus manos, de dedos largos y finos, llenos de anillos de oro y piedras preciosas. Era la imagen del supervillano, ambicioso, sin escrúpulos, que quería extender su imperio al universo, sin reparar en los medios.

Aún resonaban en los oídos de Flash las palabras de Ming que resultarían proféticas:

—¡Algún día, algún día Flash Gordon, tu pie se posará en un planeta, en un lugar y tiempo en que te aniquilarán.

Los pensamientos de Flash fueron interrumpidos para concentrar la atención en las maniobras que el profesor Zarkov realizaba en la máquina del tiempo, tratando de regresar al suyo propio.

Pero algo no anduvo bien. De pronto Flash y los que lo acompañaban se encontraron en un lugar desconocido. Era una gran plaza. Flash no entendía lo que la gente gritaba pero nadie pareció asombrarse por la vestimenta de esos viajeros en el tiempo.

Unos hombres con cascos y escudos avanzaron hacia él. En cierta forma se parecían a los soldados de Ming, pensó el paladín de la justicia. De pronto, sintió los golpes de los bastones contra su cuerpo. Estampida general y corridas.

Pasaban unas máquinas extrañas que echaban chorros de agua. A pesar del dolor de su cuerpo Flash intentó reír. ¡Cómo pretendían matar a la gente con agua! Pero no, no era para matar. Era para dispersar a los manifestantes, porque de eso se trataba, manifestaban contra alguien o contra algo.

Luego, la carga de la caballería y dos disparos secos que le parecieron dos pedradas. Una en el pecho, la otra en la cabeza.

Lo último que vio Flash fue una especie de aeronave con hélices en la parte superior que despegaba de lo alto de un edificio.

¡Quién sabe en qué dimensión espacio-tiempo, invisible a los ojos humanos, la máquina de Zarkov daba el siguiente informe:

Destino: planeta Tierra.

Lugar: Sudamérica, República Argentina.

Fecha: 20 de diciembre de 2001.

De una vez... y para siempre

Melina Fit

NO PUDO CORRER MÁS. Las piernas se le hicieron plomo, la garganta se le secó de pronto y los ojos no vieron más que ese rostro repugnante que le torcía el brazo sin piedad. El Falcon verde estaba cerca y en un empujón certero, estaba adentro, viajando por una calle sin retorno.

Inés lloraba pero se sentía tranquila, Rubén estaba con ella. Inés Beatriz Ortega y Rubén Leonardo Fosatti habían salido a festejar su primer año de convivencia. Un 21 de enero de 1976 habían decidido vivir juntos en una casita del partido de Quilmes y formar una familia. Pero festejo se convirtió en miedo, esa fecha ya no sería un recuerdo feliz.

Los dos tenían los ojos vendados y casi por instinto buscaron sus manos sobre el asiento y se enlazaron, como protegiéndose. En un apuro el auto frenó en el centro clandestino de Arana, Inés sintió cómo la mano de Rubén se alejaba bruscamente, se lo arrancaron de golpe, de una vez y para siempre.

Llegaron a la comisaría quinta de La Plata, la bajaron como quien baja una bolsa de papas y la llevaron a una pieza. El olor a encierro y mugre era aplastante, Inés tenía calor, estaba cansada. Se apoyó en la primera pared que encontró cerca y bajó despacito, cuidando su panza. Estaba embarazada de siete meses. No pensaba en nadie más que en Rubén. "¿Dónde está? Que no me lo maten..." Y así pasó la noche, pensando en él y en su hijo, sufriendo el calor agobiante, el silencio hermético, el miedo incontrolable.

A la mañana siguiente la visitó un hombre, de voz gruesa, atormentante. Fumaba de esos cigarrillos fuertes, Inés seguía con la venda pero sentía cada ruido y olor diferente. Le preguntó qué sabía de los militantes de la UES, ella le dijo que nada.

—Vamos, nena, los dos sabemos que militás ahí, me tenés que decir quiénes más están en esa y nada más— le dijo con tono soberbio.

—No sé nada y si lo supiera tampoco te lo diría. ¡Decíme dónde está mi marido ya, hijo de puta! —gritó Inés con todas sus fuerzas y las que le daba su hijo.

—Parece que querés las cosas difíciles. Y por Rubencito no te preocupes, que él es macho y se las aguanta.

Se hizo un silencio, Inés lo presintió cerca. El calor seguía pero ahora era más fuerte, sintió un fuego punzante, diminuto, intenso en el brazo; después otro y otro y tres más... la piel se le achicharraba, el dolor era insoportable, pero peor era pensar en lo que le estarían haciendo a Rubén, era hombre y el castigo se duplicaría. El Turco — así le decían en la comisaría— le dio una última pitada al arma de tortura y su despedida fue un portazo lleno de cólera, la impotencia que deja la valentía de una dama.

Ese mismo día, llegó a la celda una chica más, también embarazada. Ella le contó que en esa comisaría había muchos detenidos más y que a ellas las tenían ahí aunque no aparecían en la lista de detenidas. Inés sonrió, con las pocas fuerzas que le quedaban, entre muchas había una posibilidad de que Rubén estuviese ahí. La estadía se hizo un poco más llevadera, al fin pudo hablar con alguien, le contó de su vida, de sus estudios secundarios, de cómo con 16 años se puede estudiar, convivir y trabajar en una fábrica textil. Le habló de Rubén, su gran amor, que era un obrero metalúrgico de 22 años con el sueño de recibirse de profesor de Historia.

Así pasó un tiempo, sin descontar más quemaduras y golpes. Una mañana, a principios

de marzo, Inés sintió un dolor más fuerte que los ya sufridos, eran contracciones. Aguantó lo más que pudo, no quería que su bebé naciera en ese infierno, pero no pudo más y rogó ayuda. La llevaron a otra pieza y para su fortuna fue sólo una falsa alarma. Pidió por favor que la dejaran ir al baño a refrescarse y, por piedad o simple cansancio, la dejaron. En ese momento era el turno de baño de los hombres, la pared que dividía aquel y el de las mujeres era baja y se podía escuchar el ruido del agua; pero ni una voz, ni un llanto, ni una queja. El Turco tenía razón, los hombres se las aguantaban. Con un hilo de esperanza Inés gritó "¡Rubén!", sin importarle quién podría escuchar, sin importarle castigo o tortura. El silencio se hizo pesado, lento y de pronto se interrumpió.

—¡Inés! ¡Mi amor, estás acá! ¿El bebé? ¿Cómo estás?— contestó Rubén del otro lado, desnudo, golpeado, flaco y ansioso.

—Bien, pronto va a nacer. ¡Te amo! —le dijo a medias, mientras una carcelera la sacaba de los pelos.

Inés se había portado mal y le penitencia sería brava. No le importaba. Ya no había dolor físico que la martirizara. Había escuchado su voz y eso era suficiente. Sabía que estaba vivo, sabía que iba a aguantar. Ahora tenía fuerzas para todo. La panza había crecido, ya estaba de nueve meses.

Un 12 de marzo su hijo quiso salir y ya nada lo detuvo. En la sucia mesa de la cocina, Inés parió, tabicada y atada de manos, a su bebé, un varoncito hermoso. "Quiero que se llame Leonardo, como el papá" dijo cansada frente a todos los guardias del centro clandestino que presenciaron el parto como espectadores de un show nocturno. Lo tuvo en brazos cinco días, no se despegó de su respiración ni un instante. Le habían sacado la venda y pudo ver sus ojos, los ojitos de Rubén. "Vas a ser como él, valiente como un león" pensó y se lo dijo en secreto, para que ninguno de la vigilancia la escuchara.

Una noche, un guardia entró a la celda y le quitó a Leonardo de los brazos con la excusa de que un coronel quería conocerlo y que luego se lo entregaría a la familia. Inés sabía que se lo estaban llevando para siempre. Y sintió lo mismo que cuando meses atrás le arrancaron a su esposo. Esa fue la peor tortura. Se quedó en silencio, triste, vacía, sin aliento, con la garganta seca y las piernas de plomo.



El sueño del pibe

Matías Cesari

ME ENCONTRABA EN LA CANCHA de la universidad, volvía de un partido de fútbol con el Pepo. Él me venía cargando con que yo no estaba con ninguna chica, lo cual me estaba traumando un poco. Entre gastada y gastada, recordé que había dejado la mochila, por lo que volví al edificio viejo de la uni.

Ya no había nadie por esa zona, por eso me sorprendió ver a cuatro hermosas mujeres, eran como las cuatro jinetes del Apocalipsis. La primera, rubia y pechugona, montaba un feroz caballo de carrera. La segunda, pelirroja, esbelta, vestida de cowboy con un gran escote, muy provocativo, sobre un caballo de madera que se inclinaba de aquí para allá. La tercera, una morocha infartante de labios grandes bien marcados, de bikini pequeña y ajustada, encima de un San Bernardo. Por último, la cuarta, una joven de cabello castaño y ojos verdes no traía ropa alguna y cabalgaba sobre un pony verde.

Si la situación era rara, más lo era el hecho de que las cuatro me hicieran caritas, me guiñaran los ojos y me lanzaran besos de una manera muy sensual. Volví corriendo a avisarle al Pepo.

—Pepo, vení a ver las yeguas que hay en el edificio viejo.

—No me rompas las bolas. ¡Seguro son unas gordas de mierda!

—No, posta. ¡Te vas a querer morir!

—No jodás, vámonos que se nos va el bondi.

—Pero no me puedo ir, no viste lo que son... ¡Y una está en bolas!

—Dale, ivámonos!

—Pucha, ives que sos!

Al día siguiente, en el mismo lugar y sin nadie que fuera testigo, volví a ver a esas

preciosuras. Se besaban entre ellas, era un descontrol, y para colmo me invitaban a participar de su *partuza*. Pensé que estaba loco y me fui a casa.

Una semana después, alrededor de las diez de la noche, las vi de nuevo. Para no arrepentirme toda una vida me uní a la joda. El sueño del pibe, las cuatro mejores minas, dispuestas a todo, con juguetitos, en una pileta con lodo, un show entre ellas. En sí, todo...

Dos días más tarde, regresé a casa todo roto. Llamé al Pepo para contarle la historia.

—Moraleja —dije—. Pepo, amigo, te digo: la próxima vez, veníte conmigo.



Una línea difusa

Albano Moreno

EXPLOSIONES EN ESTÉREO desfiguraban el rostro de aquel cielo diurno.

Auschwitz se rendía ante las escalas de grises que dominaban su suelo y un oscuro presagio tomaba prestadas las voces de quienes ya no podían hacer nada para cambiar su destino.

Cada suspiro de la guerra había forjado los cimientos de ese infierno terrenal, donde la voluntad de los hombres era desmembrada, donde sus esperanzas se consumían en las cenizas del tiempo y la dignidad era sólo un mero recuerdo.

Los vestigios del último ataque irrumpieron en la impenetrable oscuridad de su celda, las cadenas que lo sostenían se movieron levemente y el hombre despertó de ese sueño latente, que el dolor le había infringido.

Quiso mirar su cuerpo y no logró reconocerlo, los latigazos dejaron sus marcas, también las quemaduras. Sus costillas estaban rotas pero no recordaba, cómo, cuándo o por qué, sólo sentía que su sangre lo abandonaba.

Escalofríos asaltaron la fría inercia de su cuerpo cuando la muerte susurró palabras en su oído, palabras que no quiso escuchar, palabras que anhelaban seducir los intermitentes despojos de su alma.

La lluvia golpeaba los tejados de Praga. Todo aquello había sido mucho más que una ilusoria pesadilla. Jamás lo abandonaría y sería por siempre su misión, su redención, su karma.

Veinte años no habían logrado borrar las secuelas del Holocausto, las cicatrices continuaban aflorando, como testigos de una memoria indeseable, testigos que le permitieron encarcelar a mil cien responsables.

En ese departamento de paredes bañadas con una dudosa pulcritud, mientras sus dedos

recorrían de manera piadosa la fotografía de un niño sabía que él, hoy y aquí, se encontraría con el afamado carnicero de Auschwitz. Una mesa, una silla, su misión, su redención y la de tantas víctimas eran su compañía.

El momento que tanto había esperado estaba cerca, minutos de silencio fueron los aliados de una molesta eternidad hasta que alguien entró en la sala

—General, lo estaba esperando —musitó el extraño.

—¿Quién es usted? —preguntó el militar.

—Solía ser un hombre común hasta que usted me convirtió en un prisionero de Lyon.

—Veo que la solución final no fue tan definitiva después de todo. ¿Qué es lo que quiere?

—Sólo quiero justicia. Pero antes, necesito respuestas.

—Yo no tengo por qué darle respuestas de ningún tipo, yo sólo respondo a mis superiores.

—Quiero saber ¿por qué hizo esto?

—Por qué hice ¿qué?

El hombre deslizó la fotografía en dirección al General

—Ah, eso. ¿Me creería si le digo que fue por diversión?

—¿Le parece divertido colgar a un niño de sus testículos?

—Bueno, admito que hay mejores formas de entretenerse, pero en su momento me pareció una buena opción. No, en realidad, hablando en serio, yo fui su salvador.

—¿Salvador?

—Sí, lo salvé. Lo salvé de que ustedes contaminaran su mente con esos absurdos y arrogantes pensamientos: "Nosotros somos el pueblo de Dios". Si Dios tuviera un pueblo sería el alemán.

—Puedo entender que su orgullo y su estúpida vanidad lo lleven a decir eso. Pero lo que nunca entenderé es por qué ensañarse con el niño y colgarlo de esa manera.

—Dios trabaja en formas misteriosas, nosotros también.

El desconocido se mordió los labios indignado y apretó los puños con fuerza.

—Qué raro, me pareció que había dicho “justicia”, pero no veo justicia en sus ojos, sólo veo furia, odio y desprecio. Qué casualidad, siento lo mismo.

—La diferencia es que yo todavía puedo controlarme. No voy a convertirme en otro carnicero de la humanidad.

Las sirenas trasladaban el preludio de una justicia tardía cuando ese hombre abandonó el departamento. La lluvia custodiaba sus pasos y en su interior él lo sabía, la línea entre la justicia y la venganza se había hecho difusa aquel día.



Antes de la mañana verde

Hugo Quintreman

CUANDO EL SOL SE PUSO, el hombre se acuclilló junto al sendero, preparó una cena frugal, y escuchó el crepitar de las llamas. Mientras se llevaba la comida a la boca, masticaba y recordaba su pasado en la tierra, aquella mega ciudad que lo vio nacer un catorce de agosto de 2075, rodeada de cerros y lagos.

Él era el menor de cuatro hermanos. Desde chiquito, Benjamín Driscoll soñaba con ser astronauta y conquistar nuevos planetas. Tuvo una infancia tranquila con un padre jardinero que le había enseñado todos los secretos de la

Una mañana de verano estaba en su departamento, mirando por la ventana cuando vio pasar una nave con una publicidad virtual, saltó de alegría, era nada más y nada menos lo que él había soñado toda la vida.

Después de muchos trámites y estudios físicos, Benjamín logró estar en la misión colonizadora de Marte.

El día de su partida, antes de subir al cohete, abrazó fuertemente a su padre y le dio al oído un gracias infinito. Benjamín tenía su misión: ganarle la guerra al desierto, a una tierra desnuda,



profesión, mas... eso no era lo que quería. Su vida era el espacio, las estrellas, el más allá. Por eso, en su habitación, abundaban revistas y pósters de una vieja película llamada La guerra de las galaxias.

Cuando terminó el curso multidisciplinario por la red, Benjamín tenía la intención de estudiar en la Facultad Interplanetaria de Astronomía, pero por cuestiones económicas su carrera se truncó y tuvo que seguir contra su voluntad los caminos de su padre.

negra, desolada y sus únicas armas serían robles, olmos, arces y toda clase de árboles. Aquellos que el viejo Driscoll le había enseñado a plantar desde muy pequeño.

No hagas tango

Mariángeles Triñanes,
Tamara Sander y Melina Fit

PERSONAJES: Mulata
Periodista (argentino y exiliado)
Canadiense

ACTO 1

ESCENA 1: La escena transcurre en un bar de la Zona Rosa mexicana. En una esquina, una mesa redonda con dos sillas está iluminada por una luz principal. Alrededor más mesas, algunas ocupadas. Sentados en la iluminada especialmente, el periodista y la mulata.

MULATA (con tono provocativo). —Así que eres periodista político y te fregaron... y encima cantas tango. ¡Canta, canta para mí!

CANADIENSE (se acerca a la mulata con un vaso de whisky, mirando al periodista). —¿Cantas o no?

PERIODISTA. —No, no tengo ganas.

MULATA (sin darle importancia al canadiense). — Un periodista político, eso debe ser muy aburrido. (Apoya sus manos sobre las de él.) ¿Por qué no escribes un libro acerca de Perón? Todos tus compatriotas lo hacen.

(El periodista se levanta ofendido y amaga a irse).

MULATA (estira su mano para detenerlo). —Ven, ven, no te enfades. ¡Era una broma!

PERIODISTA (se frena y le mira los pechos). — Bueno, pensándolo mejor...

MULATA. —Déjate de mirarme con esta cara de tango ¿quieres? Déjate de pensar cochinas. (Empieza a cantar una cumbia de los 50.) ¡Muévete, muévete!

PERIODISTA (reacio). —No... no bailo.

MULATA. —Esto está muy aburrido, Cara de Tango (tomándolo de la mano), vámonos juntos ¿quieres?

Apagón.

ACTO 2

ESCENA 1: Transcurre en la habitación de la casa de la mulata. Una cama blanca en el centro, en la pared izquierda una ventana con cortinas rosadas. Una luz ilumina a los actores sobre la cama, desnudos, beben agua mineral y fuman.

PERIODISTA (besándola). —Mi negra...

MULATA. —Mi Cara de Tango. (Gimiendo.) Pase mi rey, pase mi huésped, entra mi negro. ¡Mátame! (Lo besa efusivamente.) ¿Sabes? Mi madre era bruja, era una negra muy linda. Mi padre se la robó de Jamaica... racista el güero, nunca me pudo querer. (Con la mirada perdida.) Pero eso ya ni importa, háblame de Perón.

PERIODISTA. —Dos veces, dos muertes. La primera vez yo no entendía, era un pendejo, un estudiante muy humanista, muy antifascista. Claro, muy pequeño burgués, una buena conciencia. La segunda no quise equivocarme, quise creer en el Padre ¿entendés? Ser como todos...

MULATA (sumida en su pensamiento). —Mi padre era un viejo, un podrido viejo cargado de medallas. Cuando dejó a mi madre, ella se ahogó en el mar... ¿Por qué te cuento esto? ¡Basta! Cántame un tango (entre lágrimas), cántale un tango a tu novia fea, fea, fea... (llorando como una niña).

PERIODISTA. —Está bien... (canta una estrofa del tango "Volver". Respira profundo.) He visto tantas cosas, vi a la gente calentándose con las fogatas, toda la noche, esperando a su Padre, al General, al Macho. Yo estaba con ellos, pero no era uno de ellos ¿entendés? El espía de Dios.

MULATA. —El poeta es el espía de Dios.

PERIODISTA. —No soy poeta.

MULATA (*besándole el pecho*). —Sí lo eres.

Apagón.

ESCENA 2: En el mismo lugar, por la ventana entra la luz del día. Los dos actores recostados están a punto de dormirse.

MULATA (*con voz dulce*). —Duérmete, esta tarde seré tu compañera en la fiesta del fauno, pero ahora duérmete, por favor.

PERIODISTA (*con una mirada nostálgica pero tranquila*). —Pienso en mis muertos...

MULATA. —Duérmete.

PERIODISTA. —Están matando a mi gente.

MULATA (*insistiendo*). —Duérmete te digo.

PERIODISTA (*al borde del llanto*). —Si al menos supiera que lo que escribo sirve para algo...

MULATA. —No hagas tango, mi amor.

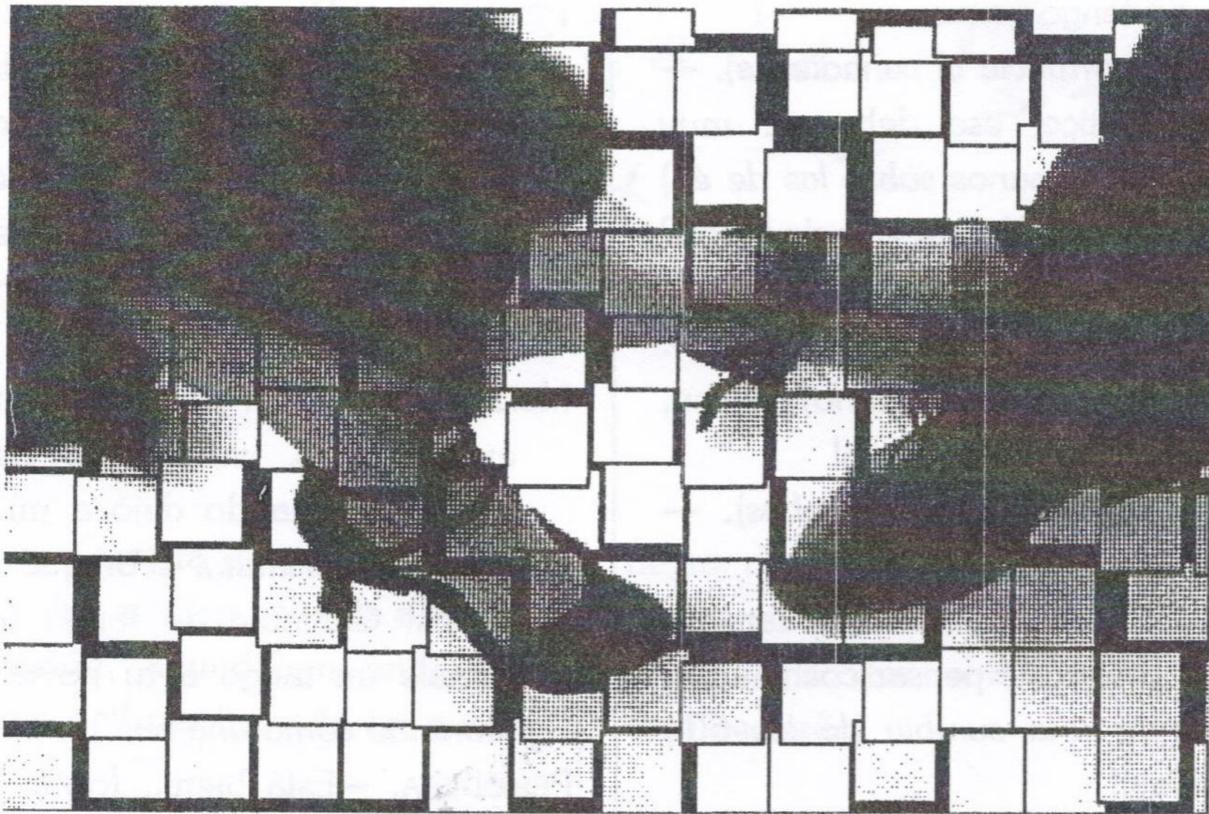
PERIODISTA (*inquieto reacciona*). —¡Atan los cuerpos con alambres de púa, los hacen volar con dinamita..!

MULATA. —Basta ya, iduérmete!

PERIODISTA (*acomodándose junto a su amiga*). —Prometo no hacer tango...

MULATA. —Pobre amor (*acariciando la cabeza del hombre dormido*). Está lleno de sueños, de la podredumbre de los sueños. Creo que te mereces un descanso.

Baja el telón.



Fuga de corazones

Lucas Cambeses

—¡YO TAMBIÉN PUEDO! —dijo Pierana.

Miró por última vez el llano manzanero y acudió tras el silbido, los cascos y el hombre. Corrió libre, despojándose de sus años de lavandera. Su cuerpo se rejuvenecía al acercarse a su paciente libertador; su alma, su corazón y su vientre destrozaban las oxidadas y pesadas cadenas de lienzo y agua.

El hombre, que había sabido hacerla sentir mujer, la esperaba agazapado junto a ese corcel veloz que los liberaría y los llevaría hacia un rejuvenecer. Pierana en cuerpo y alma montó junto a su heroico jinete y huyeron con veloz galope.

Esa mujer, de energía ahora desbordante, portaba sus años con ansias de libertad y amor. Brillaban hilos de plata en su cabellera, sus manos curtidas contaban historias de lienzos, puntadas y lejanas caricias. Ahora junto al hombre, todos sus anhelos le brotaban por los poros. Ella lo amaba. Amaba a ese jinete fuerte de cuerpo, golpeado por el trabajo y los años. A él también lo habían andado los pasos de la vida.

Al llegar al refugio, acogedora morada verde de fresca arboleda, se ocultaron, se amaron.

—¡Al fin mi corazón es libre!, ¡al fin puedo recorrer tu cuerpo y besar tu alma! —dijo Pierana.

—¡Atrás quedó la distancia que se interponía y nos arrancaba el deseo! —susurró él mientras la abrazaba.

—¡Abrázame, no me sueltes! ¡No quiero sentir otra cosa que tus brazos, que sujeten todo el amor que mi cuerpo exhala!

—¡Recuerdo la primera vez que besé tu piel! ¡Mis recuerdos avivaron siempre mi corazón y mi amor por ti! —saboreó su jinete, mientras acariciaba su cuerpo y descubría los minúsculos y tan deseados secretos de su extensión.

Estaban juntos al fin. El amor y las ganas de sus cuerpos afloraban.

Los años, la esperanza y el deseo conservaron y alimentaron lo que por fin lograban: amarse y gozarse.

En el olvido quedaría la antigua vida de fámula de Pierana. Después de su libertad, cuando dormía, no soñaba. Despierta vivía todos los sueños concedidos por la espera.



Perdónalos... ¿no saben lo que hacen?

Tamara Sander

ERA DOMINGO y llovía torrencialmente. El cielo parecía anunciar lo que le sucedería a Leonie.

Hacía varios días que se sentía observada. Ese 1977 estaba cargado de amenazas. Sabía que corría peligro. No dudó en comentárselo a su compañera y compatriota, Alice. Ambas eran monjas francesas y luchaban por los derechos humanos junto a las Madres de Plaza de Mayo.

—Alice, creo que descubrieron las reuniones —dijo Leonie a su compañera.

—¿Por qué decís eso? ¿Pasó algo? —preguntó Alice con preocupación.

—No, no pasó nada. Pero siento que me siguen, que están observándonos. Esta iglesia ya no es segura para hacer las reuniones —respondió Leonie muy nerviosa.

—No te preocupes, mañana en la reunión hablamos para cambiar de lugar o dejar de hacerlas por un tiempo ¿sí? —trató de calmarla Alice.

—Está bien. Que Dios nos proteja —respondió Leonie mirando hacia el cielo.

La Iglesia de la Santa Cruz era su hogar y allí realizaban las periódicas reuniones en las que ideaban, junto a un grupo de Madres, los pasos a seguir en su diaria lucha por recuperar a los hijos desaparecidos.

La lluvia no había aún cesado a las seis de la tarde, hora en la que se reunieron. El encuentro se desarrollaba normalmente, la próxima movilización ya tenía fecha y, por ello, se disponían a discutir el cambio del lugar de ubicación para las reuniones cuando por una ventana pudieron divisar tres Falcon verde que se disponían a estacionar frente a la puerta principal de la iglesia. Desesperación, desconcierto, las mujeres no sabían qué hacer, cómo actuar, el

monstruo tan temido acechaba tras ellas y no sabían cómo evadirlo.

Leonie sintió que todo se derrumbaba, no quiso que tantos meses de esfuerzo y lucha se fueran a la basura: con gran valentía, fe y entregada a la voluntad de Dios se encaminó hacia el frente de la iglesia y, persignándose ante la imagen de Cristo, se encontró cara a cara con ellos. Tres hombres que no tenían respeto por nada ni por nadie, tres hijos que no obedecían a su Padre y lastimaban a sus hermanos. Paralizada por el miedo, no reaccionó cuando la golpearon y llevaron arrastrando hacia la calle. Su cuerpo sufría, su alma rezaba y su corazón comprendía lentamente la voluntad del Padre.

Las demás mujeres no pudieron detenerla cuando decidió enfrentar a sus monstruos y, allí reunidas, no les quedó más que esperar lo inevitable.

—Señor, perdónalos, porque no saben lo que hacen —se alcanzó a oír.

—Sí sabemos —dijo el que portaba el arma.



Superhéroes

Emilio Andrés Baleri

EL PRIMER REGALO del que tengo memoria es un muñeco, un Batman de treinta cm. Me lo regaló mi papá con el primer sueldo de su nuevo trabajo. Yo era un pibito, no sabía distinguir lo barato de lo caro y quería ese costoso juguete. Mi padre, al ver mi cara de felicidad frente a la juguetería, tampoco supo distinguir entre lo caro y lo barato, así que, sin vacilar, lo compró.

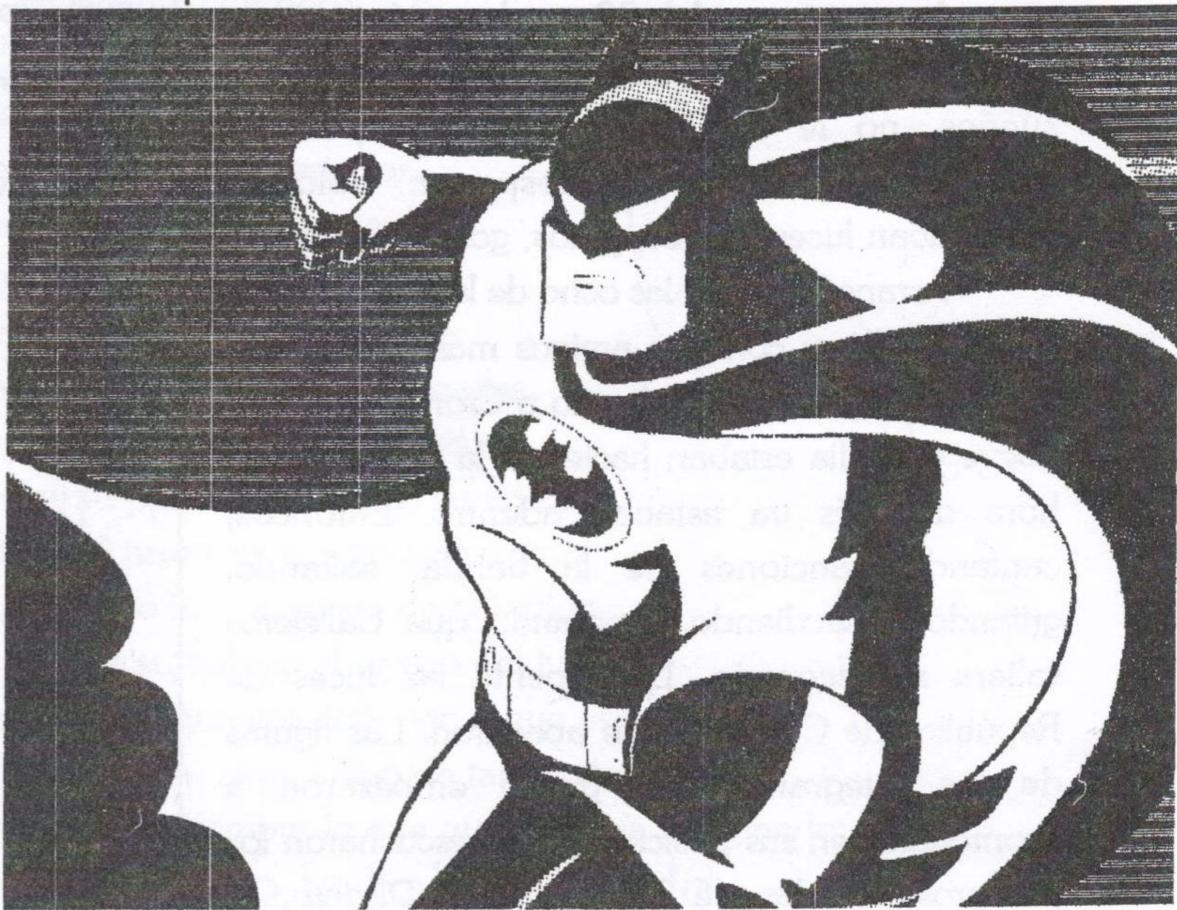
El tiempo pasó y del Batman no supe nada más. Mi amigo, el Nico, un nene de rulos largos y negros, como los resortes que salen de las cajas de sorpresas, ojos marrones, pantaloncitos cortos, remera de Rambo y una cara de Daniel *el terrible*, me preguntaba de vez en cuando por el enmascarado. Pero igual, a él mucho no le importaba, ya que sus juguetes preferidos eran los ladrillitos Lego y los irrompibles autitos Piluqui.

Meses más tarde, me prendí en la nueva onda de superhéroes, de las maravillosas Tortugas Ninja. Yo tenía a Donatello. Era bárbaro, ya me había olvidado del hombre murciélago aunque, de vez en cuando, venía a mi cabeza la imagen de su máscara y su capa negra.

Un día, el Nico llegó con sus Piluqui y con algo que le envidiaría el resto de mi infancia: la espada del augurio de los Thundercats. Para colmo, yo siempre quería ser Leono, pero mi amigo me ganaba de mano, todo porque era más grande.

Una semana después, mi mamá me compró un muñeco de los Halcones Galácticos y otro de los Transformers. Eran los que yo quería. Enseguida me fui a la casa del Nico a mostrárselos, para causarle algo de envidia pero,

cuando llegué, me encontré con una gran sorpresa: su madre le había colgado un pizarrón grande y verde en la cocina para que estudiara y levantara los P.S. que tenía en el boletín. Yo me empecé a reír de él por lo ocurrido pero mi burla no iba a durar porque al otro día, en vez de mirar las Tortugas Ninja, mi mamá me mandó a estudiar con el Nico a su casa y, como si fuera poco, me escondió mis juguetes hasta que levantara las notas.



Aquella tarde de estudio juntos nos dimos un abrazo y nos pusimos a llorar a moco tendido. El Nico, porque su mamá le había instalado una miniescuela en su casa y yo, porque la mía, de prepo y a los sopapos, cambió mis tardes de mate cocido con Tortugas Ninja, Halcones Galácticos y los gritos desaforados de ¡Thunder... Thunder... Thundercats... Oh!" de Leono, por las tablas del ocho y del nueve que tanto me costaban.

El día que las puertas del cielo se abrieron

Valeria Juri

"A pensar, a reaccionar, a relajar, a decir estupideces, a olvidarme de olvidar..."

DESDE SIEMPRE le gustó el rock nacional, tenía veinte años, se llamaba Matías y le decían Pity y tenía una vida por delante, o eso parecía. Era baterista y tenía el deseo de tocar con la fuerza de Edu. Era un *callejero* de ley, no había cosa más importante para él que la banda. *Mucho de lo prohibido me hace vivir*, decía todo el tiempo.

La mañana del 30 se levantó exaltado después de un mal sueño pero, como a todos los sueños, no le dio importancia. Tampoco lo recordó demasiado al despertar, sólo lo abrumaban luces, ruidos, gritos, golpes y calor.

Arrancó como a las ocho de la noche con su novia, Luchi, y con dos amigos más. Llegaron a Plaza Once y se fueron directo a Cromañón. A las nueve y media estaban haciendo la cola y media hora después ya estaban adentro. Eufóricos, cantando canciones de la banda, saltando, gritando, aplaudiendo, esperando que Callejeros saliera al escenario. De repente las luces de República de Cromañón se apagaron. Las figuras de los integrantes del grupo empezaron a acomodarse en sus posiciones y se escucharon los primeros acordes de las guitarras. *Distinto*, la canción. Las bengalas empezaron a hacerse amigas de la música. Un pibe que estaba al lado del Pity prendió un Tres tiros y se acercó hasta el escenario.

—Esto va a terminar mal —le dijo a Luchi, recordando su sueño.

—¡Ah..! ¡Calláte!

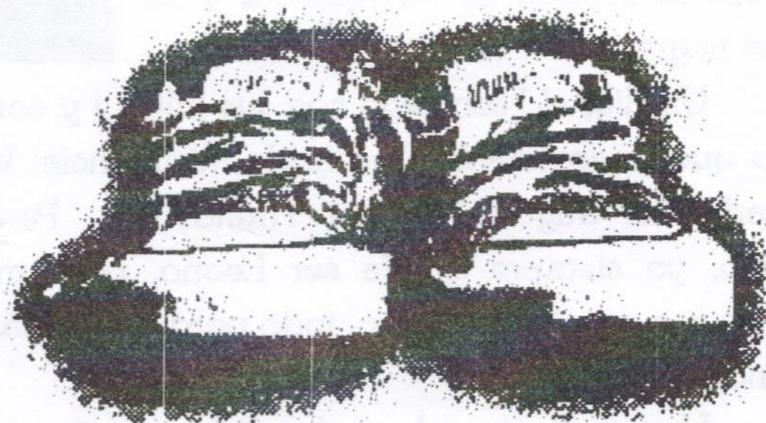
—Boluda, el fuego quema —insistió.

—"A consumirme, a incendiarme, a reír sin preocuparme hoy vine hasta acá" —cantaba ella.

Y de repente el fuego se empezó a expandir. Gritos, oscuridad, golpes, empujones,

gente en el piso, zapatillas rojas y blancas. En todo eso se convirtió el República. El miedo se había hecho presente. Pity corrió con su novia de la mano hasta la salida de emergencias que estaba cerrada y junto con un grupo de desesperados empezó a pegar piñas a la pared. Salieron y él volvió a ingresar. Ambulancias sin oxígeno, gente desparramada en la calle, bomberos temerosos, ladrones que aprovechaban la situación. Un escenario horroroso. Y era de verdad.

Pity entraba y salía arrastrando cuerpos que babeaban sustancias negras, la novia le rogaba que no entrara más y él lo seguía haciendo. La tercera vez, el República lo chupó y ya no salió.



Un día de mierda

Lucas Martínez,
Leonardo González y Albano Moreno

Ese
día Carlitos
Buenaventura
se levantó con poca
fortuna, al prender
el velador para ver qué
hora era en el despertador,
se dio cuenta de que era tarde.
Desesperado se vistió mientras
preparaba el desayuno, la leche
estaba cortada y entre enojos y puteadas
se le quemaron las tostadas. Después de
saludar a Bobby, su perro gran danés, su único
y fiel amigo, intentó arrancar el auto pero como
el día venía mal parido tuvo que irse en colectivo.
Cuando por fin llegó a su trabajo el sereno del lugar
le tiro el mundo abajo, le dijo que era domingo y que ese día
no se hacía un pinga. Al volver a su casa, luego de tantas desgracias,
buscando tranquilidad, encontró en la alfombra lo que nunca había imaginado:
su perro Bobby un regalito le había dejado...

Sueños sin olor a aserrín

Laura Bayer Allende,
Belén Oliva y Laura Rosales

UNA NIEBLA SUCIA y una llovizna triste lo reciben. La selva está reseca, deforestada y con un aire ahogado por el humo putrefacto. Este lugar apocalíptico, que lo acompañará en toda su jornada laboral, es el expreso de la esclavitud que atrae a los inmigrantes de otros estados que llegan con sueños de prosperidad, seducidos por el espejismo de bienestar que le describen los hacendados.

Muchos de los compañeros del viejo acabaron convertidos en sombras humanas: presos bajo las argollas invisibles de la esclavitud de la madera. Sin salario, aislados, desnutridos, humillados. Nadie habla alto, sólo se escucha el ruido de las maquinas gastadas por el tiempo. El viejo tiene sueños con olor a aserrín, alza los troncos sobre su agazapado lomo mientras otros cortan los árboles que caerán y harán desaparecer la sombra del paisaje, pero no de la desoladora realidad.

Pasa el tiempo. El viejo no sabe qué hora es, será por eso que los días se hacen eternos. El trabajo comienza a hacerse pesado y algunas manos comienzan a sangrar. El pibe tuvo un accidente y algunos, alterados, corren a auxiliarlo. Una herida en el abdomen es el indicio de una motosierra en mal estado. Cayó desangrado y sabía que el patrón no le pagaría las medicinas. El viejo ayudó como pudo, recordando aquel accidente que sufrió en su juventud. Para ese entonces pensaba que era injusto, que no era digno, pero terminó por aceptar que Dios no perdía el tiempo en esas fincas.

La noche va cayendo y las estrellas son lo único que ven brillar a lo lejos. El viejo junta las herramientas que no le pertenecen y las guarda en las tiendas del patrón. Mira al pibe que duerme en un barracón de paja sobre una hamaca de tela. Sabe que estará bien y que se repondrá.

Regresa a su rancho. A lo lejos, sus hijos juegan como todas las noches cuando esperan al viejo. Lo abrazan voluptuosamente, mientras la Chicha, su mujer, aromada a guisado, sale a recibirlo con un beso. Se sientan a comer en una rústica mesa de madera, para compartir un momento familiar que muy pocas veces pueden tener. La mirada triste del viejo observa los ojos vivaces de los chiquillos que aún no conocen la realidad. El desea que no la conozcan. Con su carne cansada, toma las mantas descoloridas y cubre los cuerpos de sus hijos y les promete que al recibir su salario les comprará caramelos.

Cuando se acuesta junto a la Chicha, duerme profundamente y sueña que está en la ciudad, caminando con su familia, paseando entre espectáculos, viendo reír a sus hijos. Sus manos no están curtidas por las astillas. Son normales. A veces cree en sus sueños que Dios es grande, y no quiere despertar.



Almada

Santiago Amillano

EL PERIODISTA, Emilio Renzi, fue la única persona que trató de buscar la verdad dentro de aquel caso. Desde que había llegado a la escena del crimen sospechó cosas. Principalmente: ¿quién había matado a la prostituta?

Después, cuando se enteró de que el propio proxeneta había perpetrado el hecho, se le había planteado otra interrogante: ¿qué cosas movían a una persona a llevar su vida hasta ciertos extremos?

En cuanto terminó de escribir la historia del crimen se le ocurrió hacer otra. Pero ésta supondría hundirse más en el caso. Entonces comenzó.

Para Almada, la vida ya le había dado todo. Con todas las prostitutas que tenía bajo su pie, el dinero le llovía a montones. Las mujeres eran meros trozos de carne con una o dos utilidades para él. Su padre se había encargado de hacérselo ver así por medio de su madre.

De todos modos, la mayor parte del tiempo lo vivía en las calles del barrio, entre conventillos, con personajes diversos que poco le importaban. Sólo uno de ellos le agradaba. Era el dueño del Cats Women: el viejo Gutiérrez. Todos aseguraban no saber su nombre. Le decían Viejo, debido a los largos años de carrera como proxeneta que tenía en el lugar. Era un hombre pequeño, pero que se decía bueno para los negocios y las piñas. Por supuesto, sus empleados y socios le hacían muchas veces el trabajo sucio.

Almada, se había convertido en su ahijado a los doce años, cuando pasaba delante de la escuela.

—Eh, pendejo —se había dirigido por

primera vez a él utilizando una de los términos más suaves en su vocabulario—. Vení, ¿cómo te llamás? —habían sido las primeras palabras entre los dos.

Desde entonces funcionaban a modo de padre e hijo. El viejo lo compraba al principio con cosas materiales y con servicios carnales de sus empleadas. Así lo incorporó prematuramente en el negocio. Gutiérrez lo había vivido también de este modo, sabía como iniciar a alguien.

Almada había adoptado casi todas las actitudes de su mentor en la adolescencia. Pero fue también en esa época donde tuvo la que, según él, fue su mayor pérdida.

El prostíbulo nunca había decaído, pero la salud del viejo iba constantemente a la inversa de su negocio y edad. Varias visitas al hospital le habían anticipado lo que vendría después.

El pupilo lo iba a visitar en los últimos días a su casa. Rodeado siempre de personas, estaba postrado y resignado a su final. Pero no le tenía miedo a la muerte. Repetía siempre las mismas palabras, aquellas que a Almada le habían quedado como el mayor recuerdo de quien lo cuidó.

—La muerte no me asusta. He tenido una buena vida llena de salud. Siempre tuve lo que quise y nunca me faltó lo necesario. La verdad, si muero, muero contento. Nadie sabe cómo Gutiérrez pudo intuir cuándo se quedaría dormido para siempre. Un momento antes, le había entregado una caja con un montón de documentos a su abogado. Allí dejaba al muchacho, de apenas diecisiete años, a cargo de su negocio. Sabía que lo había preparado bien.

Por último, le ordenó que se acercara y le prestara el oído. —Vení, Almada —le había dicho—, acercáte.



Todos observaron cómo le susurraba al oído algo ininteligible para ellos. Luego, se tiró sobre la almohada, adoptando la última posición que tendría.

—¿Qué te dijo? —le habían preguntado todos casi al unísono.

—Me dijo su nombre —se limitó a contestar antes de irse.

Le dijo su nombre. La única palabra que se había guardado toda su vida.

Presente con aviso

Juliana Nicolaus

EL INVIERNO DEL 76. había sido más crudo que los anteriores. El calorcito de septiembre parecía despegarse ya de las baldosas gastadas. Tenía, como tantos otros, la utopía de la adolescencia en el alma, y lo sabía. Charly, como solían decirle sus amigos, quería un mundo más justo y luchaba para lograrlo, siempre acompañado de su infaltable compañera: la música.

Cuando sus padres le informaron que se mudarían a La Plata no entendió mucho pero tampoco se opuso a tales directivas. Veía que las cosas no estaban bien y no se animaba a preguntar nada, le bastaba con ver y sentir los llantos de su madre.

Carlos se adaptó rápidamente a esa nueva ciudad y al nuevo colegio, y a los compañeros, y a la política, y a las protestas estudiantiles. Casi sin darse cuenta estaba dentro del centro de estudiantes y participaba en las marchas. Llegó justo para luchar por el boleto estudiantil y ya tenía muchos amigos con los que pasaba la mayoría de sus días.

Sus padres, luego de un tiempo, comenzaron a mostrarse un tanto preocupados y molestos con el comportamiento de su hijo. Llegaba a altas horas de la noche sin importarles que estuviese en vigencia el toque de queda. Además se estaba involucrando demasiado en la política y todos sabían qué era lo que pasaba con esos militantes. A pesar de que ellos también estaban involucrados en la política del país y militaban clandestinamente, se preocupaban por la integridad de su hijo que tenía tan solo 14 años.

Pero Charly seguía dentro del movimiento estudiantil y cada vez estaba más involucrado y comprometido, ahora ya militaba en la Unión de Estudiantes Secundarios, de tendencia peronista.

—¡¡¡Luchamos por lo que es justo!!! —le decía a su madre.

—¡¡¡Todos queremos que este mundo sea más justo, hijo, pero todo no se puede!!!

—Bueno, pero yo no voy a traicionar mis ideales y principios por unos milicos de mierda.

—Habla más bajo, que si te escuchan...

A él no le importaba el riesgo que estaba corriendo, todos sabían a lo que se estaban exponiendo.

Esa noche escuchó nada más que gritos. Eran cerca de las tres de la madrugada. Le bastaron sólo dos pasos para encontrarse con lo que sería su eterna pesadilla. Lo interceptaron cinco hombres fuertemente armados que decían ser del Ejército. Lo agarraron entre los cuatro, le vendaron los ojos, le esposaron las manos y se lo llevaron.

Él todavía no sentía miedo pero no entendía nada. Aunque se imaginaba el por qué, no podría llegar a imaginarse nada de lo que le sucedería, su inocencia todavía estaba intacta. Chillidos, murmullos y hasta algún llanto, sólo se escuchaba eso. El móvil paró varias veces antes de llegar al destino final: Centro Clandestino de Arana. Allí estuvo: marginado, arrojado, despreciado, torturado y con millones de pensamientos que le invadían la cabeza.

Equivocación fue la palabra. Luego de siete interminables meses, sintió la libertad tan cerca, le acariciaba la piel. De repente se imaginó el sol y lo pudo ver, también vio alegría, y felicidad, y un mundo lleno de paz. Tuvieron que pasar varias semanas más hasta que se le terminara de desvanecer su gran ilusión.

Él siguió tan atento como pudo, hasta que sus fuerzas se terminaron. No pudo más, vio el final más cerca que nunca, creyó no resistir. Les

preguntaba y se preguntaba cada día de que servía estar vivo, llegó a pedir por favor no existir más.

El día final llegó. Sin compañía y sin avisar.

—¡¡Vos!! —dijo un milico, señalándolo—. ¡¡Sí, vos!!

Carlos, casi sin fuerzas, se levantó y se dirigió a la puerta como para ir al cuarto del fondo, ahí de donde provenían los gritos y de donde venían todos.

—Ponéte esto —le dijo.

El uniformado le tiro un pantalón y una remera y cerró nuevamente la puerta.

Antes de que se lo llevaran intercambió rápidamente sus últimas palabras con ellos, con sus amigos y compañeros de celda, con los que había pasado todo un año.

—Decíle a mi vieja que la amo —le dijo Celeste.

—Tomá, si el que sale antes sos vos, dale esto a Fabi, para nuestro hijo, y decíle que la amo, que van a estar siempre en mi corazón —le dijo Alberto, uno de sus amigos.

—Si los que salen son ustedes, hagan justicia. Si soy yo, también lo voy a hacer.



Caballito blanco

Lilian Pérez Quesada

EL PRIMER REGALO del que tengo memoria debe haber sido aquella mecedora con forma de caballito, que Papá Noel me regaló para mi cuarta Navidad. Muchos años después, lo encontré en casa de mi abuela, guardado en una esquina como recuerdo. Era un caballo blanco de madera, con crines y cola negra, de sus orejas salían dos manijas de color rojo. Eran mis amarras. Cuando lo encontré a la vuelta de los años, el caballito ya estaba gastado, descolorido y lucía más pequeño de lo que me imaginaba.

Mi padre no estaba mucho en casa ya que trabajaba en el gobierno pero, cuando venía, jugábamos horas. Vivíamos en Mulchén, ciudad pequeña de la provincia de Bio-Bio, en Chile. El país en ese momento había sufrido un golpe de estado. Pinochet era el nuevo comandante de las Fuerzas Armadas. Mi padre era antipinochetista y junto a otros amigos del Partido Demócrata, en reuniones secretas, trataban de ayudar a sacar gente fuera del país.

Algunas veces, los adultos se reunían en casa y a nosotros, los hijos, nos llevaban a la habitación a jugar, siempre al cuidado de la Tencha, nuestra nana, gorda como barril. Cuando nos abrazaba sentíamos que de a poquito se nos iba la respiración. Ella jugaba mucho con nosotros. Jugábamos al Llanero Solitario y nuestro caballito era Silver o al Zorro. Y allí íbamos: yo Don Quijote y ella Sancho. El resultado fue múltiples reparaciones por el peso de Sancho. El tiempo parecía interminable entonces, en nuestras mentes, íbamos tan lejos que se nos olvidaba regresar.

Mi padre ocultaba su preocupación por la situación del país. Se lo veía cansado, inquieto, pensativo, había noches que no regresaba a casa y mamá se preocupaba, la sentía llorar bajito. Él, con su metro noventa de estatura se imponía, pero

solo era la primera impresión. Siempre con su agenda en la que le escribía poemas a la vida. Era un tipo dulce que me dejaba dormir en sus brazos cuando tenía mañas, jugaba como si fuera un niño y me leía poesías a la hora de dormir. Le encantaba Neruda y Blanco del Monte, pero también usaba su imaginación y me inventaba muchas historias. Mi padre siempre soñó ser escritor o poeta pero, por las costumbres de esa época y porque mis abuelos no creían que eso fuera una carrera, terminó estudiando agronomía.

Una mañana, mi padre y mi madre se pusieron sus mejores galas y yo pude estrenar ese hermoso vestido rojo. Nos fuimos al centro y subimos al palco para mirar el desfile militar, estaban todas las autoridades. Había mucha gente. Mi papá estaba muy serio y no hablaba, creo que estaba obligado a participar. Y yo, al ver venir desfilando a los militares me asusté, quizá por todo lo que escuchaba a escondidas en casa, y comencé a gritar:

—¡Todos al suelo, nos van a matar! —Mi padre miró a mamá de reojo y ella me tapó la boca.

No sé por qué cuento esto. Me vienen a la memoria las muñecas que mamá cuidaba como oro, un ganso a cuerdas que tenía en su lomo a un niño que pescaba, aquel caballito que tanto disfruté y la agenda de papá llena de viejos poemas y anécdotas. Iban a pasar mucho años antes de que Pinochet fuera derrocado y que papá pudiera darse el gran gusto de su vida de regreso a Chile después de mucho tiempo de exilio.

Todavía hoy, cuando llega a mi memoria la canción "caballito blanco llévame de aquí, llévame a mi tierra donde yo nací...", se me hace un nudo en la garganta y me asalta el recuerdo de aquel caballo blanco de madera que encontré una mañana bajo el árbol de Navidad y de la esperanzada agenda de mi papá.

iii Como cuesta dormir...

DEJO DE HACER, a las 3.23 de la madrugada del lunes, el parcial que debo entregar a la mañana siguiente. Me queda sólo una consigna, así que resuelvo levantarme a las 8.00 para terminarlo con suficiente tiempo sin tener que correr el riesgo de perder el colectivo. Esto significa... que tengo tan solo 4.37 minutos para dormir. Así, entre apagar la compu y el cepillo de dientes gasto deliciosos minutos y calculando me quedan alrededor de 4.30 minutos para dormir. Me cambio, el pijama ofrece gran resistencia ante los torpes movimientos de mi cuerpo que no me esperó para descansar. Me fijo en el reloj nuevamente: 3.36, me quedan exactamente 4 horas y 24 minutos para dormir. Eso, si lo logro en el acto. Esa preocupación invade mi cabeza en el acto, causándome pánico. "Mañana me voy a levantar re cansada... o peor, ¿si me quedo dormida?... no voy a poder responder bien la pregunta, suerte si puedo pensar coherentemente... ¡basta! Listo! ¡Silencio!" Apago la *luz*, miro la radio-reloj, 3.44. "¡No!" En el silencioso grito de mis pensamientos. /Cubro\ mi cabeza con mis brazos y mis *j*s, como si alguna fuerza invisible los quisiera abiertOS. Hago **Presión** con mis manos sobre mi c@r@. Tic tac tic tac tic tac tic tac tic tac.... el reloj pulsera de repente ha conseguido aumentar su volumen hasta lograr mi exasperación. Me lo saco medio **luchando** contra mí misma y lo arrojo con odio a la mesita de luz. El silencio me invade. Lentamente me va calmando... cuando de **repente...** **ipánico** de vuelta! Tengo **Sed**. Me **levanto**, con p-a-u-s-a-d-o-s m-o-v-i-m-i-e-n-t-o-s, tratando de no perder la calma que antecede al sueño, en este caso. Voy a la cocina. Tomo un vaso. Todo silencio. Abro la canilla de agua fría y... **SHRSHRSHTRSRSRSHSSRH**. Sale un fuerte chorrerrrrrrrrro con **espeluznante** (((sonido))) que me roba el poco sueño que había logrado. Triste, regreso a mi cama. Otra vez el silencio. La **oscuridad**.

Mis jinetes, los locos del apocalipsis

Malena Alarcón

CON MIS VEINTE AÑOS y mis delirios de recorrer el mundo y vivir las cosas que me gustan y disfrutar cada instante de esta vida, me encontraba sola sentada en la hamaca de la plaza de mi barrio. Fumaba un cigarrillo y miraba hacia arriba, cuando pasó lo inesperado.

De pronto, el cielo oscuro y cubierto por enormes nubes grises se iluminó completamente. Yo, que estaba acompañada por Renata, mi lora, me quedé inmóvil con los ojos hacia el infinito. Por mi cabeza pasaba una bocha de pensamientos y encima la lora inmunda no dejaba de mandarme al frente:

—¡Renata quiere más tata! ¡Renata quiere más tata!

Pensé que era la Federal que me estaba siguiendo, así que miré a la lora y le dije:

—Renata, ¿quieres más tata?

Y la lora desahogada:

—¡Tatita pa' Renata! ¡Tatita pa' Renata!

Se la di toda para no quedar pegada. En ese momento la luz desapareció y Renata cayó dura como una piedra. Pobre, era demasiado pura, pensé.

Me fui a mi casa, la enterré y prometí no volver. Por culpa de esa plaza me había comido un flash y había matado a la narigona.

Pasaron una, dos y tres semanas, tomé coraje y volví. Me senté en la misma hamaca y ahí fue cuando vi a esos cuatro locos, eran ellos: los jinetes del Apocalipsis.

Uno era bien flaquito, tenía la cara chupada, unas ojeras que le tapaban las mejillas y llevaba una viola en la mano. El de al lado era un negro de camisa azul y pantalón de vestir, en la oscuridad se tenía que reír para poder verlo y su voz tenía el sonido de una harmónica. El que le seguía era alto, demasiado alto, con el pelo largo,

unos pantalones pata de elefante, una camisa con flores coloridas y unos Ray-Ban que tapaban su mirada. El último ahí estaba, resaltando en su chopera, con pantalones y campera de cuero, borcegos inconfundibles y rulos largos al costado de un rostro muy particular.

Anonadada por los cuatro monstruos que estaban frente a mí, no pude hacer otra cosa que gritar:

—¡Rock and roll!

Lo único que pasaba por mi mente era subirme a esa Harley y arrancar, sabía que allá la fiesta sería impresionante, pero el jinete desde su chopera me miró y me dijo:

—Che... no te queremos ver más por acá.

Mientras mi garganta formaba un nudo, en mi cabeza la película de mi biografía pasaba como una estrella fugaz. En ese momento me di cuenta de que mi vida boba había llegado a su fin. La última neurona explotó como un volcán en erupción e hizo una catástrofe infernal en mi universo.

La luz desapareció junto con los jinetes, me quedé sola, pensativa y comprendí la moraleja de esos caballeros, entendí que se puede estar a salvo de la locura y que no es imposible inflamar las cenizas muertas, frías, viscosas, inútiles de la sensatez.



Días de puntadas

Verónica Vale

*"La tomé por el hilo y la tiré al río.
Después estuve mirando un rato cómo el
agua se la llevaba, posiblemente hacia las
ciudades ricas y llenas de dulce."*

"Para que no entre la muerte", Daniel Moyano.

SI YA NO SÉ QUE MÁS HACER, el alcohol me quema las yemas de los dedos. Casi no tengo uñas, no puedo evitar morderlas. Ansiosa, nunca distraída, siempre así. Cada noche al salir del galpón mis ojos quedan enredados entre los moños y botones.

Todos los días entre las mujeres tomamos distancia, un metro exacto, una detrás de otra. Cada una en su música, con su melodía repetitiva de hilos de colores. Siempre cuidando el detalle. Prolija la puntada, sin mancha ni arruga. Mi pierna derecha cansada responde, casi automática, a más velocidad que el primer día. A veces pienso que el pedal enemigo será algún día mi salvador. En caso de fuego, cuando las pilas de tela amontonadas ardan, yo podría salir volando en mi máquina a toda velocidad. Aferrada al cajón de madera en el que paso casi doce horas sentada.

Las puertas del galpón eternamente cerradas, día y noche. Algunas dicen que debe ser así para impedir la entrada de los que gritan y piden y no dejan de gritar. Los que vienen a impedir la tarea, los que quieren quitarnos nuestro trabajo. Ellos no logran distraerme nunca. El aire pesado y las luces encendidas todo el día no impiden respirar, no impiden bordar.

Pero siempre que el tren acaricia las vías me pierdo, imaginando una ventana lo miro, pero sin soltar la tela, sin abandonar el ritmo. Cuando el de fierro silva, me imagino dentro y no es raro que tenga que tragarme las gotas rojas cuando me lastimo los dedos, todo debe quedar sin mancha ni arruga.



El vestidito impecable para la muñequita rubia, se desliza sobre la mesa, la puntilla se cose primero, el ojal se arregla después. Ropita de color suave, olorcito a nuevo. ¡Que lástima que mi hijita siga creciendo! ¡Que no pueda vestirla así!

El otro día sin querer escondí en el pañuelo de la cabeza, una camisita sencilla. Después me arrepentí. Cómo iba a llevarle a mi pequeña algo tan chiquito, algo tan insignificante. Cuando las horas terminaron y por fin se abrió el portón hice todo lo posible por correr. Mi espalda estaba casi quebrada. Llegué a la orilla, me saqué el pañuelo y lloré. No sé si algún día podré vestirla así, de reinita, pero hasta hoy no aprendí a robar.

Dos huevos fritos

Cristian Yañez y
Adrián Almonacid

LA ESCENA TRANSCURRE en una cocina. Dos adolescentes, Cristian y Adrián, parados frente al horno con una pack de huevos y una sartén caliente.

CRISTIAN. —Deberíamos probar otra vez. No debe ser tan difícil hacer un huevo frito.

ADRIÁN. —No vale la pena, ya hicimos mierda tres... (Se aleja de la cocina.)

CRISTIAN. —Me parece que sí. Yo tengo hambre y no hay nada más en esta casa, no da para comprar a esta hora, no hay nada abierto por acá cerca.

ADRIÁN. —No. La verdad que no, pero esta sartén cagada... hace pegar los huevos y no salen.

CRISTIAN. —Me revienta darme por vencido así nomás.

ADRIÁN. —¿Qué? ¿así nomás?... encima que sos malísimo en la cocina ¿Querés seguir intentando? ¿iOtra vez!?

CRISTIAN. —Y, no sé. Las que hagan falta. (Tono de voz y gesto de quien está verdaderamente convencido.) Si hay tres huevos probemos hasta que no quede ninguno.

ADRIÁN. —Bueno, si te parece dale... A mi me pica el bagre... ¡mal! (Se frota el estómago.)

CRISTIAN. —Así no, así no se puede. Para colmo este aceite está re caliente... mirá, se está quemando, la put... madre. (Mueve los brazos con bronca.)

ADRIÁN. —Intentemos, ¿no era eso lo que querías? (Con voz irónica.)

CRISTIAN. —Vos sabés muy bien qué era lo que quería. Lo que quiero es tener por lo menos una posibilidad, sino no. Pero con una sartén berreta como esta no se puede.

ADRIÁN. —¿A ver?, dejáme a mi. (Toma la sartén por el mango.)

CRISTIAN. —Tampoco. Viste... (Caminado de un lado para el otro.) ¡Sartén cagada!

ADRIÁN (mira para arriba). —No, esto es demasiado. Si se puede, se puede, si no se puede, no se puede... (Toma el celular del bolsillo de su pantalón.) Mejor pidamos algo por teléfono... para hacer cagadas las hacemos en la Facu... ¿Te parece?

CRISTIAN. —Sí, está bien. ¿Qué pedimos? ¿Una de muzza?



Por vos, mamá

Marta Domínguez

MIRÓ SUS ZAPATILLAS gastadas. Sabía que ese día, como tantos otros, tendría que recorrer la ciudad en busca de alguna changuita. Era él quien debía llevar algún sustento a esos cinco hermanitos que aún no entendían sobre el juego del destino.

Besó a su madre y se marchó en silencio, se alejó de ese paisaje formado por un collage de casitas de madera. Casitas que apenas se mantenían en pie ante el viento que se empeñaba en vencerlas.

Caminó, caminó. Golpeó muchas puertas. Y, al igual que otros tantos días, llegó hasta aquella esquina. Aquella que marcaba el límite final de un barrio privado. Allí, como siempre, lo esperaba él. Junto a sus compinches hacía alarde de la imponente moto que le habían regalado sus padres, quizá como quien compra un kilo de pan, la habían adquirido para obsequiársela.

Sabía muy bien lo que esa esquina le deparaba. La escena se repetía.

—¡Ey! Otra vez el "negrito" se atreve a pasar por acá —le gritaba entre burlas y risas.

—¿Tan poca cosa es que no se anima ni a mirarte? —agregaba alguno del grupo.

—Dejálo. No debe querer ofender sus ojos mirando lo que le gustaría tener. Pero pobre, se va a tener que quedar con las ganas.

Las carcajadas resonaban en sus oídos. Golpeaban su corazón como un látigo en mano del peor de los verdugos. Sabía que no debía reaccionar. Recordaba lo que le había prometido a su madre.

—Hijo, cuidáte por favor, no te metas en líos. Vos sabés que la gente no nos mira bien porque vivimos en una toma. Piensan que somos todos delincuentes. Prometé que te vas a cuidar.

Pero ese día las burlas y las carcajadas fueron mucho más allá. Lo lastimaron.

Las hirientes palabras de quien se creía mucho más que él se clavaron en sus oídos como un puñal.

—El "negrito" no se anima a enfrentarme... seguro que ahora va y le cuenta todo a su mamita... Esa puta barata que seguro que se pasa cada noche en una cama distinta.

La sangre se le calentó en sus venas. La reacción no se hizo esperar. Él podía soportar todo pero no que tocaran a su madre. Se abalanzó sobre el soberbio contrincante y al instante estaban trenzados en una lucha feroz. El de la ropa mísera y el de la ropa de marca, cuerpo a cuerpo. De pronto vio cómo su rival caía de espaldas y su cabeza golpeaba contra una roca.

Todo se volvió confuso.

—¡Asesino!

Sangre en la roca.

—¡Asesino!

Las voces se multiplicaban. Las sirenas de los patrulleros, también.

—¡Asesino!

Sintió cómo lo esposaban. Lo llevaron. En el tumulto creyó ver el rostro de su madre. Necesitaba explicarle. Necesitaba abrazarla pero no podía, no lo dejaban. Ellos se lo llevaban. Él no acababa de comprender lo que pasaba. No entendía cómo el destino le había hecho esa jugada.

—Yo no quería, mamá. No quería...



La fábula del oso y el perezoso

Romina Chiacchiera
y Juliana Nicolaus

UNO OSO MUGROSO y un perezoso
jocoso vivían en un pozo rocoso, alevoso y penoso
con el pequeño pony *Poroso*.

—¡Pronto! —gritó poco potente, en la
penumbra de la pocilga, el oso pedante.

El perezoso esbozó un gesto malicioso, rozó
con su palma una piedra y dijo:

—Esperá que toso...

—Hay que salir de esta podredumbre, hacer
algo productivo, ir a un lugar paradisíaco y dejar
atrás este olor putrefacto —explicó el oso
sintiéndose poderoso.

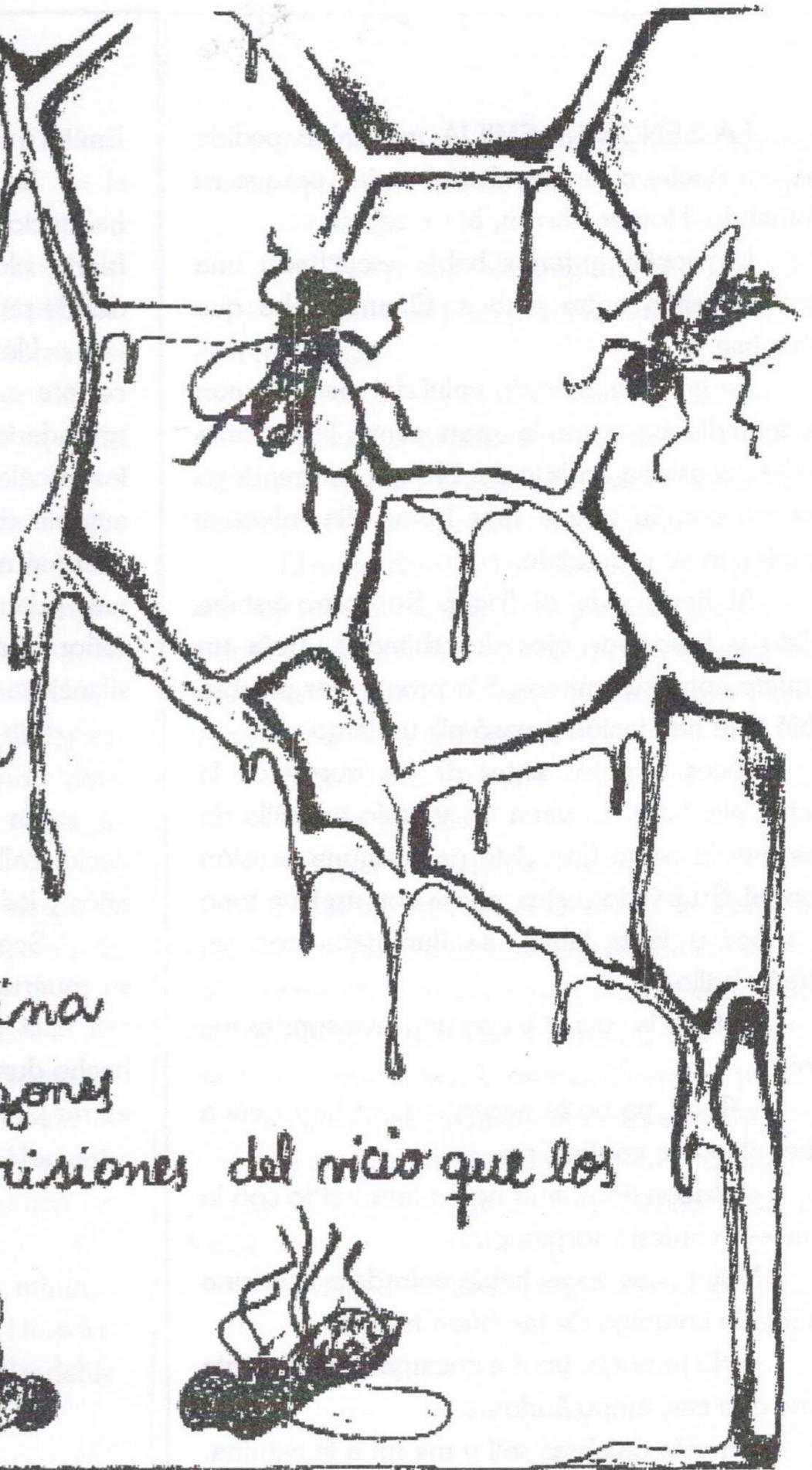
—Lo que hacemos es pecaminoso, la policía
nos va poner adentro por poligamia —se lamentó
el perezoso.

Así el mugroso y el jocoso perdieron la
potestad del *Poroso*.



Las moscas

A un panal de
rica miel
miles de moscas
acudieron
que por golosas
murieron presas de
patas en él.
Otra dentro de un
pastel enterró su
golosina.
Así bien se examina
los humanos corazones
perecen en las prisiones del vicio que los
domina.



Romina Chiacchiera, Lujan Reus
y Pamela Espinar

Cómplice silencioso

Mariángeles Triñanes

LA SEÑORITA EMILIA me había pedido que esa noche cocinara algo especial, porque su prometido, Homer Barron, iría a cenar.

La noche anterior había escuchado una feroz discusión entre ambos. El anunciaba que debía irse.

En la tarde, cuando volví del mercado con los ingredientes para la gran cena, la señorita Emilia no estaba en la casa. No me sorprendí ya que era común que a esas horas ella saliera a pasear con su prometido.

Al tiempo, la oí llegar. Su rostro estaba pálido y tieso, sus ojos desorbitados. Traía un paquete entre sus manos. Sin pronunciar palabra subió a su habitación y pasó allí un largo rato.

Pocos minutos antes de las nueve de la noche, ella bajó. Llevaba un vestido amarillo de esos que la gente fina viste para alguna ocasión especial. Su pálido rostro, ahora con un leve tono de rubor y lápiz labial, se iluminaba con un extraño brillo.

Entró a la cocina y con una leve sonrisa me dijo:

—Tobe, ya no te necesitaré por hoy, vete a beber algo a la cantina.

—Pero señora, aun no he terminado con la cena —le contesté sorprendido.

Muy pocas veces había entrado a la cocina y hablado conmigo de tan buen humor.

—No importa, yo me encargaré, ahora vete —me dijo casi empujándome.

Sin más palabras salí y me fui a la cantina. Estuve allí toda la noche.

A la mañana siguiente, cuando entré en la casa, en el living, los platos con comida estaban casi intactos, como si nadie hubiese cenado allí. Sólo unas moscas revoloteaban sobre uno de ellos.

Nunca me atreví a preguntarle a la señorita

Emilia qué había ocurrido.

Luego de esa noche apenas salía de la habitación. Meses después, comencé a sentir un fuerte olor, acre y nauseabundo. No sabía de dónde provenía.

Una tarde, la señorita Emilia me pidió que cerrara su habitación con llave ya que ella se trasladaría a la que estaba en la planta baja. Subí las escaleras con las llaves en mi mano para cumplir con la tarea encomendada. Cuando me acerqué a la puerta sentí aquel olor, esta vez era más potente. Tomé valor y la abrí: el cuerpo del señor Barron yacía sobre la cama, pudriéndose silenciosamente.

En ese momento comprendí todo, pero decidí callar. A la señorita Emilia le pesaban los años y los males, la vida se le escurriría en breve.

Seguí haciendo mi trabajo hasta el día de su muerte. Cuando ésta llegó, tomé mis cosas y salí, salí por la puerta trasera, como lo había hecho durante tantos años. Esta vez, no volvería a entrar jamás.



Una de fútbol

Adrián Almonacid

ESA MAÑANA nos juntábamos en El Santo Cristo, una de las iglesias más conocidas de la ciudad. De ahí partiríamos al pueblo de Pilcaniyeu a jugar el partido que hasta ese momento era uno más. Eran 70 kilómetros que nos separaban de Bariloche.

Fue un viaje tranquilo con los chicos del club. Luego de dos horas llegamos, era un día de calor, no corría viento, por suerte, porque la cancha era de tierra.

Se jugaban tres partidos: el de cuarta división, el de reserva, donde jugaría yo, y el de primera. El rival era el Club de Fútbol Neuquén, nosotros representábamos a Universidad Fasta, en la sexta fecha de la Liga de Fútbol de Bariloche.

Mis expectativas eran pocas, ser titular en reserva, jugar bien, como lo venía haciendo, para tener la posibilidad de jugar en primera antes de que terminara la temporada.

El partido de la cuarta lo vimos desde la tribuna. Estuvimos alentándolos, ellos eran la categoría más chica de las tres.

El técnico nos llamó para ir al vestuario a prepararnos. En el momento en que él repartiera las camisetas me enteraría si jugaba o, como se dice en la jerga futbolística, me "comería el banco". Me tocó la camiseta número 16, iría al banco. Mi estado de ánimo estaba por el suelo.

Comenzó el partido y a los 10 minutos perdíamos 1 a 0, luego, Carlos *el Chueco* Heredia, se lesionó en el momento que marcó el gol y debía salir. Entonces el DT, el Kelly, me llamó:

—Es tu turno, entrás por Carlitos.

—Pará que me ponga las canilleras y me ato los cordones.

—Ya tendrías que estar listo.

Era mi turno y a pesar de que iba a estar de suplente 15 minutos, me debía mostrar. Ganamos 3 a 1 y jugué muy bien.

Me dirigía al vestuario para cambiarme y mirar el próximo partido cuando escuché un grito:

—¡Adrián!

—¿Qué pasa? —le pregunté al DT.

—Cambiáte para primera, en el vestuario está tu equipo.

—Bueno —le contesté asombrado.

Me tocó ir al banco de suplentes, ahí me di cuenta de que en el partido anterior había ido al banco porque sería convocado a primera.

El juego iba 0 a 0 y nos echaron un jugador, era defensor al igual que yo y el que estaba a mi lado en el banco de suplentes, pero él tenía más experiencia, tenía 29 años y ya había jugado varias veces para primera.

El Kelly miró el banco y me dijo:

—Dale, te toca.

—¿Qué? —ino lo podía creer!

De la tribuna me gritaban y me alentaban mis amigos. Entré a la cancha y estaba como en el cielo, como cuando mi mamá me hacía dormir y me cantaba: "Duérmete mi niño/ que viene el coco/ a llevarse a los niños/ que duermen poco".*

Y yo soñaba con el debut en primera.

El partido terminó 0 a 0, jugué 20 minutos y muy bien. Recibí abrazos y felicitaciones de todos.

El viaje de vuelta fue una anécdota más.

* Canción de cuna, de María Elena Walsh.

Los pájaros no cantaron

Noelia Sepúlveda

ERAN LAS CERO HORAS cuando Mario fichó la tarjeta de salida del trabajo. Había tenido un día complicado, las cosas en el ferrocarril comenzaban a empeorar. Era una noche cálida de verano, se subió a su bicicleta roja y echó a andar por una calle oscura, llena de álamos, que lo conducía a su casa a orillas del río, alejado de la ciudad.

Su hogar era humilde pero bien cuidado, tal como lo había soñado muchos años atrás. De adorno sólo se podía apreciar una foto colgada sobre la pared, de una mujer joven de pelo oscuro y largo, ojos grandes; sonriendo. Cada noche encendía un cigarrillo y se sentaba en un sillón de mimbre frente a la foto a contemplarla. Recordaba y soñaba en esos tiempos, cuando era feliz y estaba enamorado. En voz alta nombraba con nostalgia su nombre: "Sofía, Sofía, ¿dónde estarás? ¡Hace 20 años que te espero y nunca has regresado!". Luego, recordaba a sus amigos, sus "camaradas", como se solían llamar entre ellos, y esas reuniones que tenían donde discutían e imaginaban un mundo mejor, donde compartirían todo y lucharían por sus derechos en una Argentina totalmente diferente. Se habían jugado por un sueño, por un ideal, "¡que inocentes, que ingenuos fuimos!" repetía, reprochándose una y otra vez. Después de unas horas, se acostaba pensando en la familia feliz que podría haber tenido y así se dormía.

Al día siguiente, el sol comenzó a asomar y con el canto de los pájaros se despertó. Abrió la ventana, respiró aire puro y encendió la radio. Era un hombre alto y robusto, de piel blanca y pelo negro y ondulado. Preparó mate amargo y, mientras pensaba en su rutinario día, escuchó al locutor que leía el verso de Clara Vouillat, "Por este valle corrió hace siglos un río como un mar

violento y ancho". Reflexionó y sin perder tiempo, tomó viaje a la ciudad. Un sentimiento extraño lo estaba dominando, algo iba a suceder, algo que cambiaría nuevamente su vida.

Recorrió las mismas calles de siempre buscando a su amada, era por lo único que seguía viviendo. De repente, algo inesperado sucedió: del almacén salió una chica y el verso de Gironde se le presentó: "Las chicas de Flores, tienen los ojos dulces, como las almendras azucaradas de la confitería del Molino, y usan moños de seda que les liban las nalgas en un aleteo de mariposa". Así era ella, de unos 20 años, el pelo oscuro y largo, ojos grandes, nariz pequeña y el cutis perfecto.

Mario se dirigió a ella anonadado y comenzó a gritar con entusiasmo "¡Sofía, Sofía!", ella no hizo nada, luego de una cuadra la alcanzó:

—¡Sofía, mi amor!

—¡Está loco! ¿Qué quiere?

—Soy yo, amor, Mario. Estás igual que siempre, estás hermosa, no has cambiado nada.

—Y usted está enfermo, ¡ayúdenme! —gritó asustada—. Encima yo no me llamo Sofía.

—Sí, seguro que esos verdes te hicieron perder la memoria. No te preocupes todo va a estar bien, linda.

—¿Qué?! ¿De qué habla? Y mi nombre es Amanda.

—¡Amanda! —exclamó con felicidad—. Ese es el nombre que le íbamos a poner a nuestra hija.

—¡Déjeme tranquila, usted está loco, tómese la!

Un hombre joven se acercó, la tomó de la mano, subieron a un auto y desaparecieron. Sólo quedó el polvo que dejó el coche suspendido en el aire.

Mario no lograba moverse, sus piernas comenzaron a temblar, el corazón le latía con fuerza, con rabia, y las lágrimas explotaron de sus ojos. Ya no tenía por qué vivir, veinte años de su

vida la había estado esperando y ella estaba con otro, veinte años refugiado en el sur para que nadie lo encontrara, veinte años en el lugar que habían acordado con Sofía y ella lo había decepcionado, traicionado. Todo el amor con el que se había alimentado para sobrevivir, se convirtió en odio. Luego de unos minutos, levantó su bicicleta y sin fuerzas, con poco aliento, regresó a su hogar.

Amanda subió al auto con su novio asustada de tal encuentro, pero sentía que ese hombre significaba algo en su vida. No sabía cómo explicar lo que sentía, era algo extraño, nunca le había sucedido: en los ojos de aquel hombre había visto su vida, no entendía qué pasaba. Llegó a su casa y le contó a su madre. Ella no pudo soportar más el secreto, se largó a llorar desconsoladamente y comenzó a gritar: "¡Perdón, perdóname por favor!" Después se calmó y se sentaron las dos en el banco de madera que su padre había construido en el patio. Había un perfume a frutas y los perros estaban inquietos. Su madre respiró profundo y comenzó a hablar:

—Hija te amo, pero no aguanto más, debo decirte la verdad.

—¿De qué verdad hablás, vieja? No me asustes, ya estoy bastante mareada con lo que me pasó en el centro.

—Yo sólo soy tu madre "del corazón".

—No entiendo —su voz comenzó a entrecortarse.

—El señor que se te acercó hace un rato, Mario, es tu padre.

El silencio reinó por varios minutos, ninguna podía decir una palabra, sólo se miraban a los ojos. Continuando, la madre explicó:

—Tu padre "del corazón" te adoptó en la época de la dictadura, tu madre, se llamaba Sofía, fue secuestrada y torturada en La Plata. Por eso nos vinimos al sur.

Amanda no hablaba, la vista se le perdió en otro mundo, comenzó a pensar cosas de su vida que no comprendía y ahora todo le cerraba. Se levantó sin decir nada, se encerró en el dormitorio, abrió una cajita y sacó un papel que nunca supo como había llegado a sus manos, no sabía que significaba esos versos de la canción de cuna de María Elena Walsh: "América te acuna como una madre, con un brazo de rabia y otro de sangre... Hombres, niños, mujeres, es decir, nadie parece

que no quieren que tu descanses". Comprendió que eso lo había escrito su madre biológica pero nunca le había dicho a nadie de ese papel todo sucio, no entendía cómo había llegado a sus manos. Cerró las cortinas azules y pesadas, se recostó y se quedó dormida.

Mario llegó a su casa, le costaba respirar y caminar, hizo un esfuerzo y agarró el portarretrato con la foto y lo dio vuelta, cerró la casa, se acostó y se durmió. Ese día no fue a trabajar. A la mañana siguiente los pájaros no cantaron.

Amanda se levantó y le pidió a su madre, aunque ya no sabía como llamarla, que le diera la dirección de Mario, su padre. Sólo pronunció esas palabras, sentía odio, asco, pero a la vez la quería. La miró y sin decir nada abrió la puerta y comenzó a caminar. Llegó a la casa a orillas del río. Estaba nublado y hacía tiempo que no corría un aire tan frío. Como nadie la atendió, decidió entrar. Lo primero que hizo fue dar vuelta el portarretrato y se vio ella misma, pero enseguida supo que era su madre. Se dirigió a la habitación y lo vio, su cara estaba pálida, sintió calor en la espalda como si alguien la estuviera abrazando. Contempló por unos minutos a ese hombre extraño pero a la vez tan familiar. Se imaginó a él y a la mujer de la foto juntos y sintió felicidad.

—Papá —le dijo—. ¿Y mamá dónde está? El silencio le proporcionaba paz y se dio cuenta que hablar era inútil porque los pájaros esa mañana no cantaron y el sol no se asomó...



A pesar de todo

Analía Civetta

PERSONAJES: Andrea y Esteban.

ESCENOGRAFÍA: La obra se desarrolla en una sala de rehabilitación y fisioterapia. Allí se ven algunas colchonetas en el piso, elementos de gimnasia, una bicicleta fija y un caminador. Andrea está con sus manos aferradas a dos barras paralelas y sentada en un sillón de ruedas. Esteban, junto a ella.

ACTO ÚNICO

ESTEBAN. — Deberías probar otra vez.

ANDREA. — No vale la pena (*saca sus manos de las barras y se cruza de brazos*). Estoy cansada, todos los días es lo mismo desde hace dos meses cuando ocurrió el accidente.

ESTEBAN. — Me parece que sí, que todos los días son iguales. O no... todos no son iguales, hace un mes sólo movías un pie y ahora podés pararte y sentarte, ¿ves que no es igual? (*Toma sus manos con mucha dulzura.*)

ANDREA. — ¡No, no quiero que me toques, estoy harta de que me miren con piedad y sientan lástima de mí (*descontrolada, con voz entrecortada*). ¡También hace dos meses que todos me demuestran lo mismo!

ESTEBAN. — Me revienta darme por vencido así nomás, el kinesiólogo dijo que podrías dar unos pasos si quisieras, vos misma tendrás que ayudarte. ¡Basta de tomar ese papel de víctima! Te repito, ¡no quiero darme por vencido así nomás! (*Patea dos colchonetas que están en el piso.*)

ANDREA. — ¡¿Qué así nomás?! ¿Cuántas veces viniste a verme padecer entre estas cuatro paredes blancas, mientras vos te divertías con otra gente en la calle? (*Se para y le tiemblan las piernas, llora mientras habla.*) ¿Cuántas veces lo intenté? ¿Cuántas veces?

ESTEBAN. — No sé, lo intentarás las veces que haga falta. Perdonáme si no pude entenderte, pero ahora estoy acá. (*Le toma las manos y la ayuda a pararse.*)

ANDREA (*con mirada cariñosa y con sus manos fuertemente apretadas a las de él*). — ¡Bueno, si te parece dale!

ESTEBAN. — Así no, así no se puede, ¡más despacio, relajáte, sostené fuerte mis manos pero aflojá un poquito los hombros como dijo el médico!

ANDREA. — ¡Intentemos! (*mirándolo fijamente a los ojos*), ¿no es eso lo que querías? Si lo intento con vos no es lo mismo que con los médicos, para ellos soy una más de la lista, pasan todas las mañanas con esos benditos informes y preguntan: "¿Usted aún no puede caminar?" ¡Cómo si fuera tan fácil!

ESTEBAN. — Vos sabés muy bien qué era lo que yo quería. Lo que quiero es tener por lo menos una posibilidad, sino no te hubiera pedido esto. (*La besa apasionadamente y la sostiene entre sus brazos.*)

ANDREA. — A ver... ¡Basta de distracciones!

ESTEBAN. — Tampoco te entusiasmes tanto, el premio a tus esfuerzos lo guardo para más tarde. (*Sonríe mientras ella da pequeños pasitos firmes, con el cuerpo endurecido.*)

ANDREA. — ¡No, esto es demasiado! Si se puede, se puede; si no se puede, no se puede. Yo el premio lo quiero igual, hacía mucho que estaba esperando que me dijeras esto, pensé que buscabas olvidarte de mí.

ANDREA. — Nunca podría olvidarte, cuando pasé por mi mala racha vos estuviste y dijiste ¡presente! ¡Te quiero, no voy a dejarte! ¡Te necesito mucho! (*Se abrazan y caminan juntos. Ella aún apoya una de sus manos en una barra.*)

¿Por qué no pensé?

Celeste Mauro

FUI A LA FIESTA y me acordé de lo que me dijiste. Me pediste que no bebiera alcohol, ni me drogara. Intenté, intenté, pero fue inevitable aceptar las invitaciones de mis amigos.

—Dale, boludo, tomate una birrita que no te va a hacer nada. Hay merca, porros, de todo si querés —me invitaba uno saltando en el lugar.

—No sé, quiero pero no sé... —dije dudando.

—¡Ey!, amargo, al final estás hecho un ortiva, ¿te mataron los reproches de las ancianas? —preguntó con tono a gastada.

—Reíte de los sermones de las solteras viejas, reíte no más, pero en algo me ayudan —reproché enojado.

—Dale, boludo, si no te va a pasar nada —seguía insistiendo.

—Ya sé, pero mañana me voy a sentir para la mierda —murmuré.

—Como si te fueras a morir, gil —dio media vuelta y siguió tomando.

En la cocina había de todo: baldes de alcohol, piedras de cocaína en la mesada, marihuana a cántaros, pastillas. La gente estaba totalmente ebria, loca, las paredes rayadas, los pisos con vómitos, las ventanas rotas, pedazos de vidrio sembrados por todos lados. Yo realmente no quería estar ahí, pero mi adicción era más fuerte que mi alma.

La música sonaba muy fuerte, se escuchaba "...sólo probó porro, voló con los ojos rojos por los polos". A esa altura yo ya estaba como decía la canción de León Gieco, no entendía nada de lo que ocurría en ese sitio, estaba drogado y agitado. Corría alrededor de la mesa, saltaba, cantaba, me besuqueaba con las mujeres y hombres o con todos a la vez. En realidad, no era yo. En un momento me arrodillé

y dije gritando: "Por este valle corrió hace siglos un río como un mar violento y ancho" y caí inconsciente. Al instante se apagaron todas las luces de mi cuerpo.

Nunca me imaginé lo que me esperaba, papá. Ahora estoy tirado en el suelo, papá. Tu voz parece tan distante. Mi sangre se derrama y estoy intentando con todas mis fuerzas no llorar. Puedo oír a los médicos decir: "Este chico va a morir." ¿Por qué las personas hacen esto, papá? ¿Por qué no pensé, si sabía que esto me iba a terminar matando? El dolor me está cortando como un centenar de cuchillos afilados. Decile a mi hermana que no llore; decile a mamá que sea valiente. Mi respiración se está debilitando, cada vez más. Me gustaría que me pudieras abrazar papá. Me gustaría poder decirte muchas cosas.



Una nueva noche fría

Danisa Dutrus

NO HUBO NADA que evidenciara que algo iba a ocurrir. Mariela y Carlos no imaginaban lo que significaría ese día en sus vidas. Estaba calmo, soleado, era verano.

Se preparaban para recibir el Año Nuevo de una forma distinta. Habían tenido un año difícil. Carlos trabajaba en una empresa que había quebrado y Mariela era ama de casa, por eso no les alcanzaba el dinero para hacer el mismo viaje que todos los años hacían para encontrar la paz que no existe en la gran ciudad.

Su hijo, Ezequiel, era un chico de 13 años. A él le gustaba mucho salir con su padre, eran amigos y eso lo divertía. Carlos le explicó las razones por las cuales no iba a poder darle lo que él quería y él lo entendió pero a cambio pidió que le concediera un deseo.

—Entonces, me gustaría que me lleves a un lugar —dijo Ezequiel.

—¿A qué lugar, Eze?

—Quiero que me lleves a ver a una banda que toca hoy en Once —respondió esperanzado.

—Sos muy chico todavía para ir a esos lugares. Dejame pensarlo y hablarlo con tu madre —agregó el padre.

Carlos sabía que su hijo había entendido su situación. Él sentía que le debía algo, pero ya tenía qué regalarle. Se sentó en la vereda de la casa, esperó a que Mariela volviera del mercado con las cosas para el almuerzo, mientras pensaba en cómo decirle algo que seguramente no le iba a gustar nada. Cuando la vio venir, se acercó para ayudarla y contarle lo que había decidido.

Efectivamente, a Mariela no le gustó pero tras la insistencia del marido, no le quedó

otra que aceptar. Tenía miedo aunque sabía que, mientras estuviera con su padre, a Ezequiel no le iba a pasar nada.

Esperaron hasta el postre para contarle a su hijo lo que iba a ser su regalo. Cuando lo hicieron, vieron un brillo en los ojos del chico que nunca antes habían visto: estaba feliz. Ellos también.

Cerca de las 8 de la tarde, Carlos y Ezequiel se subieron al auto y se marcharon rumbo a Once. Llegaron al boliche y, mientras aguardaban en la fila, escuchaban los cantitos de los fanáticos de la banda. Ezequiel no lo podía creer. Era feliz por estar ahí y por poder compartirlo con su papá.

Cuando ingresaron, quedaron ubicados en el centro del lugar. Había mucha gente. En medio de los gritos y los cantitos apareció la banda y todos se volvieron locos. Estaban contentos por estar ahí, por disfrutar ese momento.

Sonaba el primer tema cuando la gente comenzó a gritar cada vez más fuerte y a correr enloquecidamente, tratando de encontrar una salida. Nadie entendía nada, lo único que podían hacer era correr para evitar caerse. Carlos vio fuego, en ese momento agarró a su hijo del brazo y lo acercó a la salida. Lo vio ahogarse, Ezequiel ya casi no respiraba, eso le dio las fuerzas necesarias para sacarlo de ese lugar, de esa trampa mortal.

Mientras tanto en su casa, Mariela miraba la novela de todos los días, hasta que de un segundo para el otro aparecieron los flashes de noticias, y ahí estaban: todos corriendo desesperados, tratando de salvar sus vidas. No esperó a ver otra cosa, se puso las zapatillas y fue directamente hacia el boliche.

Cuando llegó lo único que quería era encontrar a su hijo y a su marido. Pero no estaban por ningún lado, aunque buscó y buscó, ninguno aparecía.

Al día siguiente ya casi no podía respirar de tanto dolor que sentía por la desaparición de las dos personas más importantes para ella. Hasta que sonó el celular y escuchó esa voz. No lo podía creer. Ezequiel estaba vivo, gracias a su padre y a los dueños de un lavadero de autos que lo habían asistido cuando llegó en estado de shock. No alcanzó a cortar la llamada, fue a encontrarse con su hijo antes que otra cosa pudiera separarlos.

Esa noche fue la más fría de todas para Ezequiel, faltaba su padre, pero sin dudas, fue un volver a nacer.



Hadas trágicas

Martín Ciccioli y Mauro Celeste

Fueron días tristes,
De hadas trágicas
Ahorcada murió la inocencia de la
Vida.

Presente está el dolor
En incidentes del
Último adiós.



Culpa

Leonardo González

TENGO UNA GRAN CANTIDAD de recuerdos del tiempo en que viví junto a la señorita Emilia. Niños molestos que invadían el patio, curiosos y hasta forasteros que se acercaban a la casa tras haber oído una extraña historia de una mujer solitaria. Pero sin dudas, una de las situaciones más difíciles que nos tocó atravesar fue la vez en que el alguacil Smith se presentó en la puerta.

—Buenos días. ¿Se encuentra la señora Emilia? —dijo con voz de vino añejo.

—"Señorita" —corregí y lo increpé— ¿quién es usted?

El alguacil solo venía por ese tema de las contribuciones, aquellas de las que la señorita había sido eximida.

Una vez adentro de la casa, en el vestíbulo, la cara del hombre cambió rotundamente. Percibió el ambiente como un sabueso que olfatea un pedazo de carne. Flotaba algo acre, amargo, áspero. En la sala poco iluminada, se podía sentir un extraño gusto en la boca si uno no estaba acostumbrado.

—Aquí hay algo raro —dijo, intentando desentramar algo que no estaba bien seguro de qué se trataba.

—¿A qué se refiere? —pregunté procurando que no notara mi nerviosismo.

—¡Cállese! No le he preguntado nada, usted sólo es un sirviente.

La figura de la señorita Emilia apareció en el vestíbulo. El alguacil Smith intentó interrogarla pero ella con su carácter fuerte logró disuadirlo. Ese mismo carácter que la había salvado una y mil veces de una segura condena.

Luego de convencer al hombre de que nada extraño ocurría allí, la señorita Emilia decidió deshacerse de eso que ocultaba en el cuarto de arriba desde hacía tiempo. Eso que había puesto su pellejo y el mío muchas veces en juego.

Apenas intentó tomar el picaporte para entrar en la habitación, fue como si una avalancha de recuerdos la hubiera invadido. Como si las vivencias del pasado la hubiesen forzado a no hacerlo. Me pareció que su alma me abandonaba. Desde la sombras, el cadáver nos condenaba.



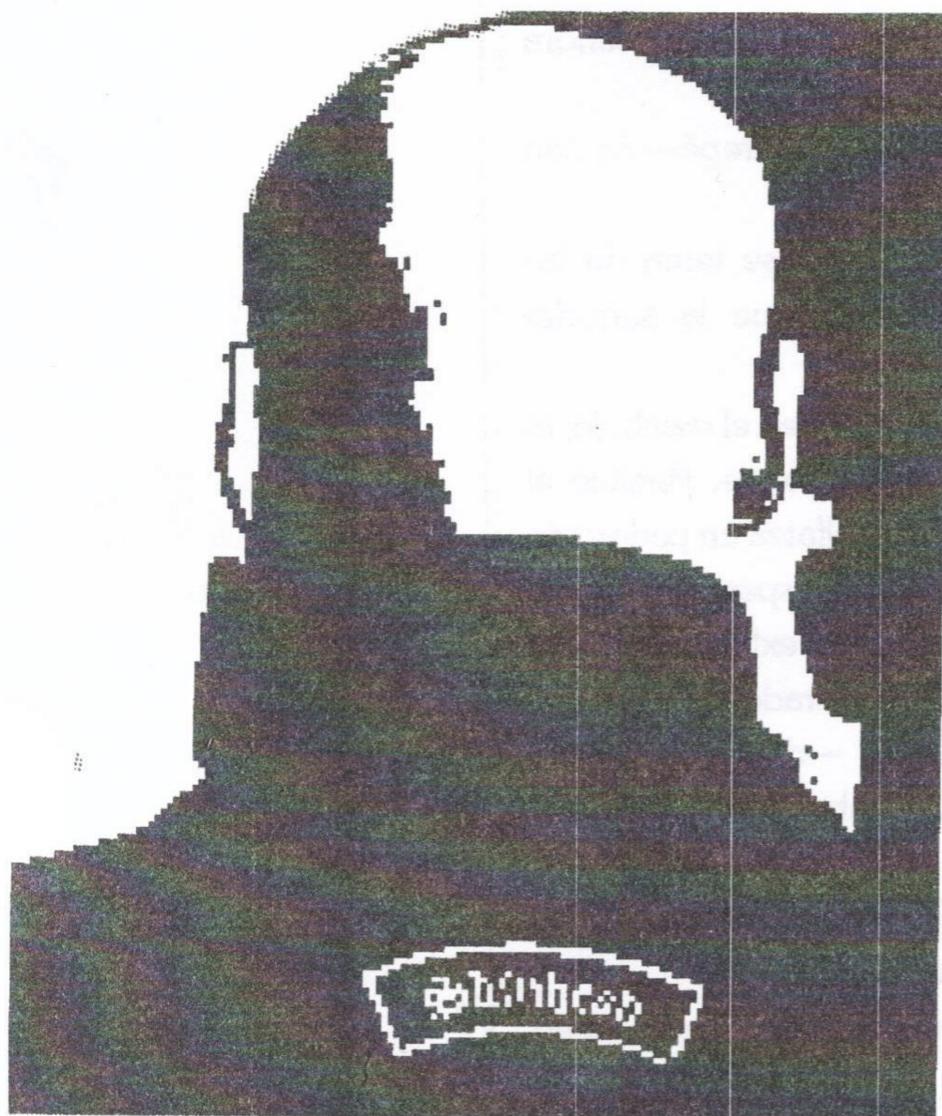
Uno más

Romina Chiacchiera
y Juliana Nicolaus

ESA NOCHE se presentó Viejas Locas en el Estadio Ruca Che. En el aire se confundían la emoción y los olores típicos de los fans. El estadio parecía arder. Dos mil jeans rotos con zapatillas Topper corearon los temas. A pesar de que sus dueños saltaban los flequillos permanecieron, durante toda la noche, inmóviles en las frentes.

Fue ahí cuando sintieron, en el silencio del dormido barrio, el ruido de los pesados borsegos al caminar, y vieron a un grupo de personas que no podían distinguirse en la oscuridad de esa noche de julio.

—¡¡¡Cabezas rapadas hijos de puta!!! —
gritó un rollinga.



Horas más tarde, luego de muchos alucinógenos, gritos y rock and roll, finalizó el recital. Todo había parecido ser fantástico. Los últimos fanáticos salían eufóricos a la calle, todavía tarareando “Me gustas mucho” y gritando:

—¡¡¡Aguante Viejas Locas, fierita!!!
¡¡¡Estuvo re copado, loco!!!

Los skinheads, al grito de ¡Heil Hitler!, se abalanzaron sobre ellos enfurecidos, y comenzaron a golpearlos sin lástima, hasta que desaparecieron mezclándose en la oscuridad de la cual habían salido.

La banda anfitriona perdió un seguidor. Las cadenas neonazis sumaron uno más a la lista.

Una mañana diferente

Mirta Guerrero

CUANDO FAUSTO recibió esa mañana la llamada de su padre en el celular, supo de inmediato que su día sería diferente.

De todos modos, habiendo avisado ya a su estudio que se ausentaría, cumplió su rutina matinal. Se duchó, calentó su café en el microondas y dio una vista rápida al diario en Internet para saber las noticias del día y el pronóstico del tiempo. Antes de salir a llamar al ascensor, cerró su departamento, no sin antes activar la alarma y partió.

Su vehículo recorrió con prisa la ruta 6. El verde incipiente de los pastos del camino daba cuenta del inicio de la primavera, pero Fausto no lo notó.

Su pensamiento no se apartaba del trastorno que le causaría el no poder recorrer los juzgados esa mañana y en que debía apurarse para estar lo antes posible en Aguada de Guerra y arreglar el trámite de la venta de la lana, encargado por su padre. Con suerte al anocheecer podría regresar a la ciudad.

Luego de ascender el empinado camino de la entrada al campo y sortear las rocas que lo invadían, el rancho apareció ante su vista; construido de troncos, adobe y paja, hacía juego con lo agreste del paisaje y marcaba una obstinada diferencia con su hábitat de la ciudad.

Bajo el alero de paja, como esperándolo, estaba Dionisio, el puestero. Luego de los saludos de rigor y la sorpresa del hombre por ver llegar al hijo del patrón, ambos se dirigieron a la barraca.

Al atardecer, cuando regresaban al rancho, Fausto notó que la vista se le nublabá, sintió un sudor frío le recorría el cuerpo y la cabeza parecía a punto de estallarle.

A la mañana siguiente el canto del gallo lo despertó y el sol que entraba por la ventana le

entibió la piel. Los aromas que percibía lo confundieron aún más de lo que estaba; el olor a humo de la salamandra que estaba junto a él se mezclaba con el del pan casero que venía de la cocina. Al incorporarse y caminar unos pasos, descubrió la puerta abierta y vio a Dionisio que venía de la aguada, cargando dos baldes de agua. "¿Se siente mejor, don Fausto?", le preguntó el puestero mientras le entregaba una taza de té de buchina* y un trozo de pan caliente.

Todo había sido un malestar pasajero, quizá por el cansancio o el estrés; nada que no pudiera curarse con un poco de paico y unos paños fríos en la frente. Pero Fausto sentía interiormente que había sido mucho más que eso.

Esa breve estadía en el campo le había ampliado la mirada, le aminoró el apuro, le hizo ver otras cosas, lo hizo verse diferente, pudo palpar otra forma de vida. Quizás por eso, ese té de cosas raras le supo más dulce que el café de sus mañanas solitarias.

Al regresar, vaya a saber por qué, Fausto sí vio el verdor del camino y le pareció un paisaje maravilloso.



* Té preparado con el buche de avestruz.

Terapia de escape

Analía Civetta

OCTUBRE, lunes 7.30 de la mañana. Camino por la galería del colegio sin mirar los ventanales con vitraux de la capilla que conozco de memoria y llevo de nuevo el mapa de Argentina y tengo la caja de tizas en el bolso y el borrador y la carpeta con la ejercitación y las pruebas que no corregí todavía y empujo la puerta del aula como un ritual. Empieza una semana más, transcurre el último bimestre, llegan la feria de ciencias, la fiesta de fin de año, la colación, los carteles de despedida, la cena con los padres, el viaje de estudio... y abro el armario apolillado que chilla otra vez.

¡Inesperado! Dentro del mueble están los cuatro jinetes del Apocalipsis. ¿Habrán salido de la Biblia que dejé en el estante, la que me dio la hermana Berta como regalo en la Fiesta de la Gratitude? No me parece, no tienen facha de católicos. ¡Pero si uno de ellos es el mismísimo Pablo Neruda! Va montado en una bicicleta de campo con las ruedas destruidas por las calles empedradas. Lleva un enorme bolso con un morral con fotos de la casa del pacífico, la gorra vieja, las cartas del exilio, los versos de amores desenfrenados, los borradores amarillentos. Hoy se puso su camisa blanca estilo panameño, el pantalón ancho y las zapatillas deformadas.

El otro es Federico García Lorca y me sonrío feliz, me invita a subir a su caballo andaluz. Se vistió de negro, se peinó con gomina, se anudó una corbata de seda a lunares y trae una guitarra flamenca con cuerdas gastadas.

Al tercero no lo conozco, pero qué atractivo es. Luce muy bien con un saco Armani, zapatos negros lustrados y un pantalón de casimir rayado al tono. Ese no habla pero con la mirada me dice cosas, me invita.

¡Ah! El último me fascina, lo estaba esperando, ¿cómo sabía él que a esta altura del año ya estoy confundida, desvencijada, rendida, fusilada? Es Jorge Bucay, mi psiquiatra preferido.

Vino en sulky, se vistió muy bien para ocultar su panza, con traje gris oscuro, camisa discreta y mocasines negros. Sus palabras me tranquilizan, me invita a subir, casi no puedo resistirme...

Pero no, no quiero mirarlos, ya cierro la puerta porque acaba de entrar Fernanda, siempre es la primera en llegar:

—Seño, no pude leer la novela, ¿me darías una semanita más?

—Fernanda, con cada libro hiciste lo mismo, tenés que acostumbrarte a cumplir con los tiempos. Después, en clase charlamos...

—¿Cuándo termina el bimestre? —pregunta insistente.

—¡Fernanda, andá al patio y después conversamos!

Abro en silencio la puerta del mueble, aún me están esperando. Otra vez, una interrupción, la directora quiere saber si ya preparé las láminas para la feria de ciencias:

—Sí, Ana, está todo en marcha. Quedate tranquila —le contesto.

—Es que los padres quieren saber a qué hora podrán venir a ver todo.

—Yo les mando una nota en los cuadernos de comunicaciones para que no vengan muy temprano porque se ponen pesados.

Y me tiento de nuevo, no puedo decirles que no, parezco loca, peor quiero divertirme. Ya son las 7.50, toca la campana, me acerco y Jorge me da la mano para subir al sulky. ¡Me voy con ellos! ¡No puedo con mi genio! Primero le pediré al doctor una sesión de terapia mientras viajamos para después disfrutar sin culpas con Pablo, Federico y el desconocido.

Moraleja, pienso yo: la locura es una flor en llamas. Quisiera quemarme. Aunque es mejor ser loca moderna y asistida por un profesional que loca suelta y antigua sin atención médica.

Los dinosaurios van a desaparecer

Mariana Pérez Valero

—ESTELA MARTÍNEZ DE PERÓN ha sido derrocada. La Junta Militar... —repetía una periodista en el noticiero.

Su rostro demostraba cierta tristeza y daba la sensación de que la amargaba informar sobre ese nefasto acontecimiento, que comenzaba un 24 de marzo de 1976. La transmisión era en vivo.

—Vamos con el móvil —pidió la periodista.

En un segundo las cámaras del canal enfocaron a los tres miembros de la Junta Militar. Sus caras los vendían.

En una casa del barrio de Quilmes una joven pareja miraba el noticiero.

—Mirá, la cara de botón los vende a estos milicos —dijo Pablo.

—Si amor, además meten miedo —agregó su esposa.

Pablo era estudiante de historia y tenía 22 años. Julia, su mujer, tenía 17 y todavía estaba en la secundaria. Eran fervientes militantes del partido comunista. Por eso sabían que desde ahora debían empezar a cuidarse.

—Con estos hijos de puta nunca se sabe —repetía Pablo una y otra vez.

Los días pasaban. La represión aumentaba. El miedo también. Se decía que estaban secuestrando gente.

—Por algo será —comentaban algunos para justificar lo que estaba pasando.

Los secuestrados eran, según los milicos, subversivos. Cosa cercana a ser joven y pensar distinto. Pablo y Julia lo eran.

Para el 21 de enero ya hacía diez meses que los dinosaurios gobernaban el país. Era de noche. Julia estaba sola en su casa y el ruido de una llave en la cerradura la heló por un momento. Su terror pasó al ver que era su esposo. Pero ahora la amenaza llegaba desde el sonido insistente del

timbre. Pablo abrió la puerta. Ahí estaban. Sus uniformes los delataban. El color era verde, aunque no esperanza. Era el verde de muerte. Eran tres: uno gordo de bigote ancho, uno más delgado y pelado, y el último, rubio y de ojos claros.

Los milicos los agarraron y los subieron a un Falcon verde.

Julia fue trasladada a la comisaría quinta Pablo fue alojado en el Vesubio. A ella no la metieron en su celda hasta después de violarla. El fue molido a golpes antes de ser arrastrado hasta su pequeña prisión. Ahí estaban, los dos en lugares distintos. Morían por dentro.

—Tomáte esto, pendeja —le dijo un dinosaurio con autoridad.

—Tomáte esto, pelotudo —le gritó un milico alcanzándole una pastilla y un vaso con agua.

Horas después, el agua dulce del Río de la Plata los abrazó.



Caperucita y el complot falopero

Darío Zabal

SALTABA CAPERUCITA FELIZ. Amaba a su abuela y estaba yendo a visitarla. Después de dos horas de recorrer ese hermoso camino (se rumoreaba que las plantas que lo rodeaban eran de marihuana) llegó a la parte donde siempre se olvidaba para donde ir y, por suerte (eso creyó ella), se encontró con el lobo.

"Uh! Este lobo es drogón como pocos", pensó Caperucita. "Pero no importa, le voy a preguntar por dónde tengo que ir para llegar a la casa de mi abuelita... La lalala..., cantaba feliz mientras se acercaba al lobo".

—¡Hola señor lobo!! ¿Le puedo hacer una pregunta?

—Sí, chabona, de una... pero dale que me estaba yendo para la casa de una amiga.

—¿Usted no sabe qué camino tengo que agarrar para ir a ver a mi abuela?

"¡Uh! Cagamos", pensó el lobo. "Llegó la nieta hincha pelota... bueno pero ella no sabe que su abuela es mi amiga. La voy a mandar por el camino más largo, así yo llego antes y le aviso a la vieja que se esconda o haga algo."

—Si nena... vive al lado de mi amiga, "tiene un pisito en un barrio apartado", como cantó el poeta. El camino que tenés que agarrar es ese -le señaló el lobo.

—Gracias, señor lobo, es muy amable.

Y así, Caperucita caminó por el sendero que le había indicado el amable lobo por un largo tiempo, cantando sus canciones de cancha: "Aguante el rojo la pu... que lo pa..."

Mientras tanto...

—Vieja, tu nieta viene para acá otra vez.

—Por dios, ya no sé que hacer con esta piba... me tiene sabes por dónde ¿no?

—Sí, ya sé... Tus nietos "parece que no quieren que tu descanses", como escribió María

Elena Walsh. Igual la mandé por el camino más largo así tenemos tiempo de fumarnos un porrito. ¿Qué decís, amiga?

—Dale, de una, así me relajo un poco.

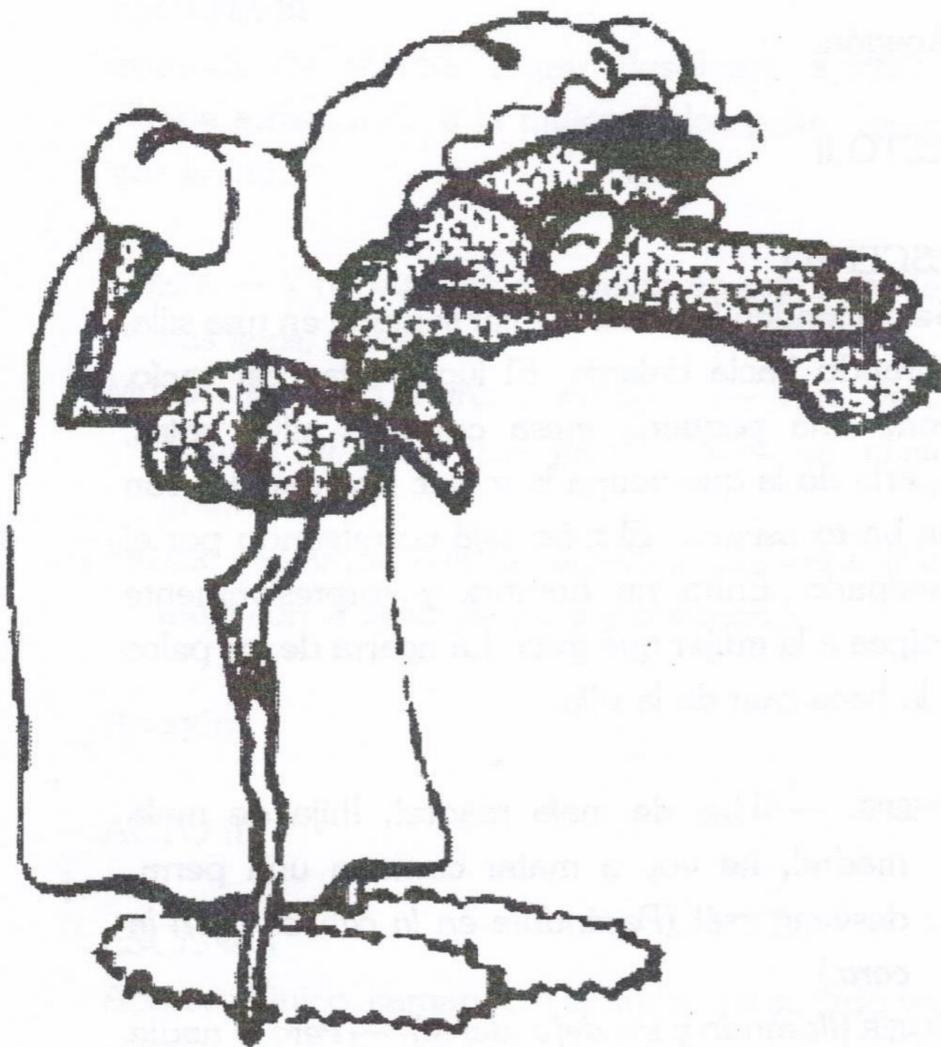
Mientras fumaban, el lobo flasheaba y se le ocurrió una idea.

—Abuela, ¿qué tal si cuando viene Caperucita te escondés en el armario, yo me disfrazo de vos, me la como y ya nos dejamos de aguantarla cada vez que te viene a visitar?

La abuela, golpeada por los efectos del porro, accedió a la idea sin importarle su nieta.

Y así fue como tiempo después, cuando Caperucita golpeó la puerta de la casa de su abuela querida, quien se estaba fumando otro faso escondida en el armario, era el lobo el que la reemplazaba en su cama.





—¡¡Hola, abuela!!

—Hola, nieta querida ¿cómo estás? Te extrañaba mucho —saludó el lobo.

—Qué rara que estás abuela... qué dientes amarillos que tenés.

—Sí, sabés que me quedé sin pasta dental y hace un par de días que no me lavo, aparte ando sin guita. El otro día me rebotaron en el banco "una capa de cheques".

—Uh, qué bajón. Y qué orejas tan grandes que tenés abuelita querida.

—Sí, pasa que no escuchaba bien y viste que hoy en día sale más barato agrandarte las orejas con una cirugía que comprar un audífono.

—Sí, es verdad. Y la boca también te creció, nona —acotó Caperucita ya sospechando.

—¡¡¡SIIIIIII... PARA COMERTE A VOS Y QUE NO MOLESTES MÁS!!! —gritó enfadado el lobo ante tantas preguntas.

Y sí, el lobo se comió a Caperucita y la abuela pudo juntarse tranquila a fumar porros con su amigo todas las veces que quiso, sin tener que esconderse en el armario ni aguantar a su molesta nieta que lo único que le traía eran frutas horrendas y comidas diet.

Y colorín colorado, así termina la historia de Caperucita Roja, devorada por el complot falopero.

La mujer

Laura Rosales

PERSONAJES:

Mujer
Chepe
Quico
Niño

ACTO 1

ESCENA I

Se enciende una luz tenue a la izquierda del escenario. Tres hombres con ropa de trabajo, acalorados. Llevan picos y palas. Están cavando un pozo a lo largo del escenario por el lado izquierdo. Música instrumental, con sonidos de viento.

Apagón.

ESCENA II

Una luz en el centro ilumina a una mujer con un niño de su mano, con ropa rota, sucia y ensangrentada. El niño está casi desnudo. Caminan avanzando lentamente. Música de opera. Se ilumina toda la escena.

Mujer. — Shhh. No llores. Ya nos van a dar comida.

NIÑO (*llorando*). — Mami, tengo hambre.

MUJER (*mirando desconcertada hacia delante*). —

Creo que allá viene un hombre. Sí, es. Apúrate.

Apagón.

ESCENA III

A la derecha se ilumina a un hombre que mira el lugar donde anteriormente estaba la mujer.

QUICO. — Un becerro, sin duda, estropeado por un auto. (*Se seca la frente.*) Pero... no, no es un

animal. (*Bajando cada vez más la voz.*) Es una mujer con un niño.

ESCENA IV

Se encienden las luces. Quico se acerca a la mujer y ella cae. El niño llora.

QUICO. — No llore mujer. Dígame qué le ha pasado.

MUJER. — Agua.

QUICO. — Sí, sí ya le doy. (*Saca una cantimplora.*) (*La mujer toma con desesperación haciendo ruido.*)

QUICO (*limpiándole la frente ensangrentada*). — ¿Tuvo un accidente?, ¿alguien le hizo algo?, ¿le pego? Algo... Hable... (*Mirando al pequeño.*) No. Mejor no hable. (*La toma del brazo y la carga en sus hombros. Caminan lentamente.*)

Apagón.

ACTO II

ESCENA I

Se encienden las luces. Mujer sentada en una silla, mirando hacia delante. El lugar esta casi vacío, tiene una pequeña mesa con dos sillas rotas, aparte de la que ocupa la mujer. Las paredes son de barro oscuro. El niño está correteando por el escenario. Entra un hombre y sorpresivamente golpea a la mujer que grita. La agarra de los pelos y la hace caer de la silla.

CHEPE. — ¡Hija de mala madre!, ¡hija de mala madre!, ¡ite voy a matar como a una perra, desvengorsá! (*Pegándole en la cabeza y en la cara.*)

MUJER (*llorando y sin defenderse*). — Pero si nadie pasó, Chepe, nadie pasó.

CHEPE (*tirándola al suelo*). — ¿Que no?, ¡ahora verás! (*La sigue golpeando. El niño agarra las piernas de su padre mientras llora.*)

MUJER. — No, no.

CHEPE (*vuelve a agarrar a la mujer de los pelos y la arrastra hasta la izquierda*). — ¡Te mataré si vuelves a esta casa!, ¡llévate a éste!, ¡no te quiero ver!

Apagón.

ESCENA II

El niño llora desconsoladamente.

MUJER. — No hay nada. Si te doy la leche, el Chepe me va a pegar. Hay que venderla.

Niño (*llorando*). — Leche mami, leche. (*Rogando.*)

MUJER. — No puedo. Ya comiste ayer. Te saqué un poquito y no te duró nada.

Niño. — Tengo hambre mami.

MUJER (*mira un balde con leche, se acerca*). — Te doy un poquito pero no le digas a tu papá porque me va a matar. (*Toma un jarro y se lo da al niño.*)

(*El niño toma la leche desesperado, haciendo ruido.*)

Apagón.

ESCENA III

Sonidos de viento. Lugar desolado, aparece Chepe arrastrando a la mujer de los pelos, hasta que la tira.

CHEPE. — Y no vuelvas, te quedas en esta ruta. Te vas lejos, descará.

MUJER (*llorando, mira a su hijo*). — Ven, ven. (*Llama al niño que grita. Chepe se aleja gritando.*)

MUJER. — Vamos, vamos. Tenemos que irnos. (*Se aleja con el niño. Se para y caminan.*)

Apagón.

ACTO III

ESCENA I

Aparece Quico, cargando a la mujer y a su lado va el niño. Quico baja a la mujer.

CHEPE (*sin notar la presencia de Quico y dirigiéndose únicamente a la mujer*). — ¡Te dije que no quería verte má aquí, condená. (*Se dirige a la mujer, levanta la mano como para pegarle. Quico le sostiene el brazo y comienza a pegarle a Chepe. Se establece una lucha entre ambos.*)

Niño (*larga un grito, llora y se esconde entre la falda de su madre*). — Mami, mami.

QUICO. — No le pegue más. (*Le clava las uñas en el cuello a Chepe.*)

(*La mujer asustada toma una piedra grande y la arroja*)

Apagón.

ESCENA II

Música lenta. Una luz muestra a Quico tirado en el suelo con sangre. Otra luz ilumina a la derecha, donde está Chepe asombrado, mirando a la mujer. A la izquierda la mujer y el niño se iluminan. Miran hacia abajo y se retiran. Música de lamento.

Apagón.



Subterráneo

Cristian Yáñez

Y SE DESPERTÓ.

Una mañana tibia lo esperaba a Mustafá en esta ciudad que le era familiar y desconocida. La cama no lo dejaba levantarse, lo apresaba para mantenerse caliente y confortable, pero él tenía todo planeado.

Y se levantó, debía hacerlo, era su deber como religioso. Se arrodilló frente a la ventana y empezó el rezo.

—Alá, protégeme en este viaje hacia tus brazos —dijo en inglés. Todo lo demás lo dijo en su idioma natal, el árabe. Continuó mirando al este, mientras el sol le calentaba las frías venas. Se encaminó hacia el baño. Odiaba esta ciudad y su gente y soportarla otro día más le era casi imposible. Mientras se bañaba iba repasando su cronograma para este día que parecía corto y simple, pero no era así.

Mientras se vestía, pensaba que era una jornada hermosa para cumplir con su cometido. Reloj en mano —dorado, sobresalía de su brazo—, juntó su mochila donde llevaba el aparato.

—Para los infieles —pensó mientras tenía en mano el Corán, fuente de todo su orgullo y tachó en el calendario la fecha de ese jueves siete de julio.

Y salió.

—Hello —le dijo esa mujer que era casi perfecta, si no fuera que era británica y protestante.

El sólo asintió con la cabeza, pesando en otra cosa, algo que lo haría reconocido mundialmente, que lo llevaría a su Dios. Tomó el elevador y miró el reloj. No quería llegar tarde a la cita con su destino, eran las ocho quince en Londres y el subte pasaba en un cuarto de hora más. En el hall del edificio saludó al portero, a quien le tenía cierta estima.

Caminaba por la acera de esas calles londinenses e imaginaba qué vagón elegiría. Tal vez el primero. Tal vez alguno del medio para que fuera mayor el golpe. Llegó al cartel, lo miró. Underground. Bajó por las escaleras.

8:41. Tenía el reloj de la boletería. Estaba perfectamente en hora. En poco más de dos minutos llegó el subte ya seleccionado con anterioridad por sus colegas. Se subió, acomodó la mochila bajo el asiento.

Ese tren era muy solicitado y la gente se agolpaba para entrar. Con disimulo se fue corriendo para el siguiente vagón, se sentó tranquilamente esperando la hora cero. El automático haría lo suyo.

8:50. Un resplandor dorado inundó el vagón. Un mar de lava y de cuerpos llenó todo el espacio. Fuego. El metal se retorció. Un silencio sepulcral se percibió por un momento. Oscuridad. Luego gritos, sacudones tremendos. Hasta que un velo negro cubrió la escena.

Mustafá aún estaba vivo. Aún. Junto a él una mujer desesperada lo miró

—¿¡Vamos a morir!?! —le preguntó.

—Sí —dijo fríamente —todavía faltan dos.



Después de

Lorena Gajardo, Yanina Lamas
y Carlos Lagos

Micaela Román

Después de elegir y elegir,

Elegir esto, elegir aquello...

Después de la incertidumbre...

Después del Caos

Vino

La mujer soñada



Silencios del corazón

Micaela Román

YO ERA MUY JOVEN cuando entré a trabajar en la casa de los Grierson. Ellos eran una de las familias más distinguidas del pueblo y para mí era un honor trabajar con ellos.

Cuando el señor Grierson murió, yo cocinaba y arreglaba el jardín para su hija, la señorita Emilia. Ella era una gran mujer, de vestidos largos y negros. Era de carácter muy fuerte, no dejaba que nadie penetrara su intimidad, era muy solitaria, no tenía amigos. En sus ojos podía verse un inmenso vacío y muchas palabras por decir que ahogaban su corazón.

Conmigo era muy buena, siempre me había respetado. Sentía gran admiración y cariño por ella. La conocía mucho, pero yo nunca decía nada y cumplía con mi tarea. No quería involucrarme en asuntos de mi querida señorita Emilia.

Quise consolarla cuando su padre murió pero mi temor a ser rechazado fue más fuerte. Fue ese mismo día que cerró las puertas de la casa. Ella solo salía al jardín o entraba en la biblioteca, donde permanecía horas, en medio del silencio, de los libros inmóviles, cautelosos, que no la juzgaban, que no decían nada.

Cada día que yo salía a hacer las compras, ella me miraba y con una sonrisa me despedía. En el pueblo todos me preguntaban acerca de ella y sobre qué hacía sola en la casa. Algunos me decían que estaba loca, que tuviera cuidado. Yo no decía nada, sentía que tenía que protegerla, que debía ser fiel, así que los ignoraba.

Un día, la casa se llenó de ratas, no sabíamos qué hacer.

—Termino de podar las rosas y voy a comprar el veneno —le dije.

—No, no se preocupe, yo voy —dijo ella, que estaba muy nerviosa.

Ella era muy valiente y fue uno de los pocos días que decidió salir por el pueblo. Cuando ella se fue, corrí como loco a las ratas, había agarrado un cuchillo e intenté matarlas antes de que llegara. Estaba dispuesto a todo por ella, pero la cantidad de ratas superó mis fuerzas. Cuando llegó no le conté nada, me daba mucha vergüenza. Pusimos el veneno y así murieron.

El tiempo iba pasando. La observaba en silencio, sin que ella me descubriera. Siempre ahí, en el mismo lugar, sentada junto a la ventana a oscuras. Pensando en quién sabe qué. Y yo, como testigo oculto, quería ser parte, aunque fuera mínima, de sus pensamientos. Ella siempre a puertas cerradas, mi deseo era develar sus deseos, sus sueños y tener la oportunidad de hacerlos realidad.

Nunca le dije nada y, cuando murió, mi corazón partió con ella y quedó en silencio. Tendría que haberle dicho cuánto la amaba, que solo ella hacía que me perdiera en su mirada, que mis oídos sólo anhelaban el sonido de su voz. Que quería abrazarla y que sus latidos sincronizaran los míos, haciendo un solo corazón.

Tuve que abrir las puertas de la casa, sus primas vinieron para realizar el funeral. Y yo que estaba ahí, permanecí ausente guardando los silencios de mi corazón.



Amanece muerte

Juan Cruz Parra,
Cristian Yáñez y Dario Zabala

FLORENCIA SE FUE después de una noche de placer que Radamel le supo dar. El amanecer pinchaba sus ojos rotos por las luces del sexo. Cuadra tras cuadra transitaba como si nada la estuviera apurando, disfrutando de aquel amanecer bello.

Allí, en aquella habitación abandonada, estaba todavía él.

"¡Boliviano hijo de puta!, ¡no te vas a acostar con mi mujer nunca más, es mía! ¡Mía y de nadie más!", iba pensando Lisandro mientras corría el precario portón que separaba de la calle al débil escondite de las noches fogosas.

"¡Te voy a matar, te voy a cortar tanto que ni tu familia te va a reconocer!" Sacó el cuchillo, el que usaba para los asados en familia, el que le había regalado el padre. La puerta entreabierta dejaba ver la figura a lo largo de la cama. Dormido, la primera puñalada lo despertó del dolor, pero no pudo hacer mucho.

"¡Tomá!" Una tras otra vez enterró el cuchillo en Radamel como si lo estuviera afilando en ese cuerpo medio muerto.

Al llegar a la casa, Flor inició sus actividades de ama de casa como si nada hubiera pasado. Prendió el televisor, el canal de noticias siempre primero. Pero la noticia le llamó la atención. Había pasado en el barrio vecino, de donde ella venía. Un asesinato. Un cadáver. Muchas dudas.

"En la mañana de hoy la policía dio con un asesinato a sangre fría. Según fuentes policiales fueron 28 puñaladas. Los investigadores no dan datos pero al parecer de un crimen pasional".

Apagó el tele, escuchó, temió, sufrió, pensó que quizás sería su hombre.

—Hola, gorda. ¿Recién te levantas? Tenés los ojos rojos —preguntó Lisandro con intención.

Vio que las noticias ya habían expuesto el hecho consumado, una mueca asomó en su rostro. Se sacó el uniforme. Luego dejó la corbata encima de la cama, mientras caminaba de la habitación al living.

—Sí, es que tuve una pesadilla y me costó dormir de nuevo —insinuó tibiamente Flor, pensando en lo que había oído en las noticias.

—¿Y vos?, ¿cómo estuvo la guardia?, ¿no paso nada?

—Sí, aburrido, como siempre. Nada del otro mundo.



Historia en una historia

Lucas Martínez y
Leonardo González

Aquella madrugada de otoño las dos compañeras se alejaban del New Deal luego de una larga jornada de trabajo. Había sido un día casi común, sin sobresaltos, hasta el momento en que se había mencionado a Larry. Jazmín era nueva en el lugar, por lo que no sabía nada de lo ocurrido tiempo atrás en ese bar nocturno y como habían entablado una amistad, Rita le contó lo que había sucedido años atrás. Larry trabajaba en el New Deal hace unos años. Era una de las más buscadas, no sé si era por su sensual cabellera roja o por su perfume que la

envolvía en un aroma

Antúnez, un muchacho

Larry le pidió que viviera con ella

como una premonición

condenada. Aún está preso

atentamente y parecía

que Antúnez tuviese algo que ver en el asunto

En esa vieja esquina rondarían los fantasmas de la muerte

alejaban del New Deal

había mencionado

habían entablado una amistad

las más buscadas

muchos hombres buscándola

quien solía esperarla

nos habló de sus miedos

con Antúnez, la asesinaron

que él la haya matado

confesó a Rita que le tenía miedo

clara, ella ya no sería la misma

ella le temía a la muerte

Habíamos, sin sobresaltos

de lo ocurrido tiempo atrás

trabajaba en el New Deal

envolvía en un aroma

un muchacho que parecía extraño

pidió que viviera con ella

una premonición

condenada. Aún está preso

atentamente y parecía

que Antúnez tuviese algo que ver en el asunto

En esa vieja esquina rondarían los fantasmas de la muerte

ella le temía a la muerte

Aquella madrugada de otoño las dos compañeras se

la muerte, como una premonición

Una semana después de irse a vivir con Antúnez, la asesinaron

A él lo encontraron como único sospechoso y fue condenado

Aún está preso, pero yo tengo muchas dudas de que él la haya matado

porque realmente la amaba

AQUELLA MADRUGADA de otoño las dos compañeras se alejaban del New Deal luego de una larga jornada de trabajo. Había sido un día casi común, sin sobresaltos, hasta el momento en que se había mencionado a Larry. Jazmín era nueva en el lugar, por lo que no sabía nada de lo ocurrido tiempo atrás en ese bar nocturno y, como habían entablado una amistad, Rita le contó lo que había sucedido años atrás.

—Larry trabajaba en el New Deal hace unos años. Era una de las más buscadas, no sé si era por su sensual cabellera roja o por su perfume que la envolvía en un aroma adictivo, pero siempre había muchos hombres buscándola. Igualmente sólo uno le interesaba y ése era Juan Antúnez, un muchacho que había conocido trabajando y quien solía esperarla largas noches en el New Deal. Salieron un tiempo y luego Larry le pidió que viviera con ella. Tanto a él como a nosotras, nos habló de sus miedos, tenía miedo de volverse loca y miedo a la muerte, como una premonición. Una semana después de irse a vivir con Antúnez, la asesinaron. A él lo encontraron como único sospechoso y fue condenado. Aún está preso, pero yo tengo muchas dudas de que él la haya matado, porque realmente la amaba.

Jazmín había escuchado atentamente y parecía intranquila. Hubo un gran silencio y le confesó a Rita que le parecía extraño lo sucedido y que ciegamente no creía que Antúnez tuviese algo que ver en el asunto. Una cosa estaba clara, ella ya no sería la misma, ya no vería al New Deal de la misma manera. En esa vieja esquina rondarían los fantasmas de la muerte y ella le temía a la muerte.

e era la cual Juan

e era lo cual Juan

un tiempo y luego

un tiempo y luego

miedo a la muerte,

miedo a la muerte,

o sospechoso y fue

o sospechoso y fue

in había escuchado

in había escuchado

ciegamente no creía

ciegamente no creía

e la misma manera.

e la misma manera.

de la misma manera.

de la misma manera.

dos compañeras se

dos compañeras se

momento en que se

momento en que se

bar nocturno y como

bar nocturno y como

os años. Era una de

os años. Era una de

pero siempre había

pero siempre había

ocida trabajando y

ocida trabajando y

él como a nosotras,

él como a nosotras,

pués de irse a vivir

pués de irse a vivir

o muchas dudas de

o muchas dudas de

n gran silencio y le

n gran silencio y le

ta. Una cosa estaba

ta. Una cosa estaba

mas de la muerte y

Espejismo

Mauricio Oliva

ESTABA SOLO en el viejo comedor esperando su llamado. Drogón como pocos, tomó todos los hongos, votó formol por los ojos, tomó cloroformo, Bols, ron, porrón, y otras tantas cosas más. Tomó de todo para juntar coraje. Sabía que aquel que lo esperaba arriba era más fuerte, completamente superior. Era algo que él jamás volvería a ser, y por ello lo odiaba.

Sabía que ésta era la última noche. Lloró y lloró con dolor. Por cómo lloró, tomó, comió dos hongos. Tocó fondo.

Al escuchar su llamado decidió dejar el vacío comedor penumbroso para ir a buscarlo por última vez a esa vieja y sucia habitación en donde siempre se encontraban para tener esas inacabables discusiones que tan mal le hacían y en las que siempre salía perdedor.

Cuando entró al asqueroso baño lo vio ahí. Estaba quieto en el espejo, donde siempre. Implacable. Hermoso como de costumbre. Perfecto en su totalidad. Sombra de su pasado. Al mirarse, comenzó la agresión.

—¿Otra vez vos hecho mierda!? ¿iNo te das cuenta de que así no sos nadie!? —le dijo, observando su estado deplorable con desagrado.

—Lo sé, y por eso no sigo más. Quiero partir en cuerpo y alma, partir. Capaz que así pueda estar con ellos para siempre —se respondió desde la imagen.

—Vos estás muy mal, descansá y mañana hablamos —lo notó distinto a todas las noches anteriores.

—iNingún descansá, no ves que no puedo desde hace meses!

—Es verdad. Hombres, niños, mujeres, es decir, nadie; parecen que no quieren que vos descanses. ¿Y qué querés que haga? —veía y

sentía en su mirada algo que nunca antes había notado. Se dio cuenta de que algo no andaba bien.

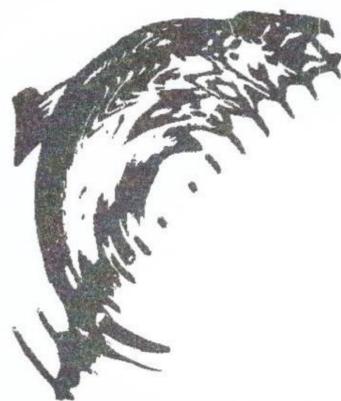
—iQuiero que me entiendas, eso nada más!! —lo observaba mientras explotaba en un llanto inconsolable.

Fue entonces que comprendió que estaba perdido y que nada lo volvería a transformar en ese hombre implacable, hermoso y perfecto en su totalidad.

Trató de calmar el dolor de aquel adicto que a pasos agigantados había perdido todo, y que sin embargo él amaba incondicionalmente.

Las lágrimas de un interminable odio cayeron sobre el hombro del que tanto lo quería y que mediante discusiones, peleas, insultos, había tratado de cambiarlo durante todas las noches desde hacía dos largos años. Fue un abrazo de despedida, ambos sabían que todo estaba perdido.

Un estruendo hizo eco en la envejecida y oscura casa para que luego reinara un silencio abrumador; un silencio de muerte. En el suelo de aquel horrible baño yacía un revólver junto al abrazo eterno del enfermo y su espejo.



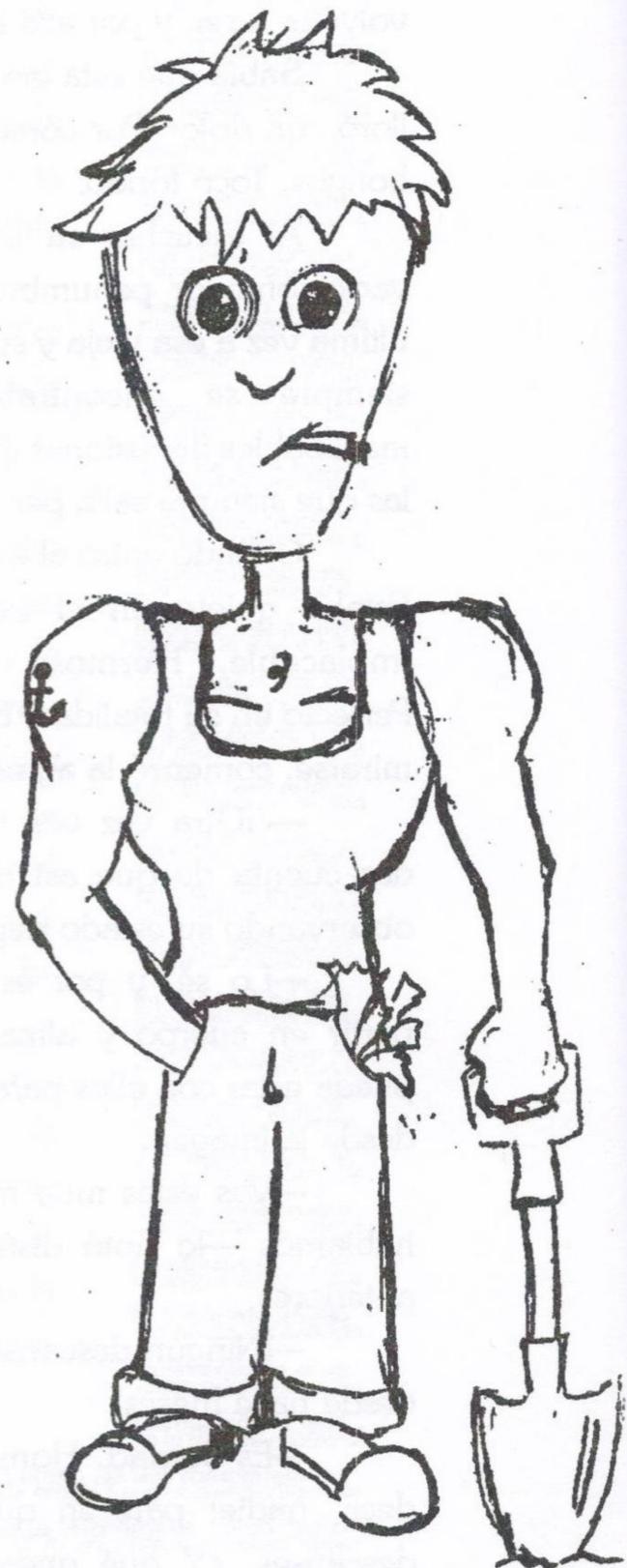
El mocoso engañoso

Melina Fit y Mariana Poliserpi

Era un mocoso potro, porno, como dicen los lujosos. Un poco baboso pero buen mozo, esponjoso, pomposo, de esos bien frondosos. Con sólo un palo y una pala pudo hacer plata. De ser pobre y tramposo, pasó a ser platudo y pecaminoso.

En la piscina
su pompa pasea,
con su pucho
y u pocillo de pisco
a las pitucas
revolotea

Muy en el fondo de su pozo, el mocoso sigue siendo un pibe
Perezoso.



Técnicas, sistemas, juegos

Diego Piccinini

CUMPLÍA SIETE años en el club Escuela Deportiva de Voley de Allen. Siete años de alegrías, tristezas, triunfos, derrotas, convivencia.

Ese jueves por la noche, mientras realizábamos nuestro cotidiano entrenamiento, me fui hacia un costado del polideportivo a recoger una de las pelotas que había ido a parar allá. Alcé la mirada y observé por una de las ventanas a los cuatro jinetes del Apocalipsis. Entrenadores rudos con hambre de triunfo. Hombres con voces de marido, como diría Juana Manuela Gorriti. El primero, empezando por la izquierda, montaba una bicicleta playera tuneada negra y amarilla que combinaba con el color de su pelo. El rubio de sus puntas flameaba al compás del viento, mientras que el negro de sus raíces lo sentía derrapar sobre él. Estaba vestido con un conjunto de buzo azul y oro y unas ojotas celestes. El segundo vestía un jean roto, una remera blanca y una mochila cargada de triunfos: montaba una Zanella 50 cc toda negra, con accesorios cromados. El tercero era colorado y tenía rulos. Llevaba con él un anotador manual y un silbato: montaba una vieja vaca con muletas. El cuarto fue quien me sorprendió: estaba sentado en un bidet sujeto a una chata oxidada tirada por una yegua: tenía puesto una bombacha verde, pañuelo rojo, camisa blanca, una boina negra y botas con espuelas. De su cintura colgaba un facón de oro de unos 45 cm. de largo.

Los cuatro movían los brazos como dando explicaciones, como indicando qué hacer. Yo los miraba por aquella ventana del club. Agarré la pelota y me fui a la cancha donde estábamos entrenando:

—¡Negro! Vi a los cuatro jinetes del Apocalipsis —le dije al entrenador.

—¡Andá...! —respondió— ¡Dejá de ver tantos dibujitos y seguí atacando por cuatro! — agregó.

—Te digo que están allá. ¡En aquella ventana! —insistí.

—¡Andá...! —volvió a decir.

Yo no los podía sacar de mi cabeza mientras realizaba el precalentamiento para continuar con los trabajos tácticos. Esos trabajos tranquilos, sin esfuerzos pero con garra, compromiso, técnica, sistema, tácticas. Trabajos al fin.

El martes otra vez me tocó entrenar. Y mientras hacía el precalentamiento me fui hacia aquella ventana a buscarlos. Allí estaban, esperándome. Estuve mirándolos un rato, pensando en los nuevos trabajos físicos que ellos me podían enseñar, en los sistemas a utilizar, en las tácticas a emplear.

El jueves los busqué de nuevo antes de empezar a jugar. Seguían ahí. Tomé mi buzo negro, me lo puse y me fui a encontrar con ellos. El cuarto jinete, el de la yegua, chifló como llamándome. Me subí junto a él y los cinco viajamos bajo las estrellas esa noche, hablando de técnicas, sistemas y juegos.

Pasaron tres entrenamientos sin noticias de mí y encima había que jugar ese fin de semana, por eso fue que los demás jugadores convencieron al Negro para que me fuera a ver. Pero no me encontró.

—Moraleja —dije— la locura es una flor en llamas. O en otras palabras, es imposible inflamar las cenizas muertas, frías, viscosas, inútiles y pecaminosas de la sensatez.

Desborde de libertad

María Luján Reus

—YO TAMBIÉN PUEDO... —dijo Pierana. Miró por última vez el llano manzanero y acudió tras el silbido, los cascos y el hombre.

En un santiamén las viejas lavanderas la vieron dejar el delantal y salir corriendo. Esa tarde Pierana tenía los rizos más negros, las pestañas más untadas con aceite y la boca más pintada que nunca. Ellas sólo intercambiaron miradas cómplices, ninguna se animó a decir nada.

La joven rebelde se vio desaparecer en el llano. Su fina y delicada silueta pareció chorrear sudor de la emoción. Su cuerpo se entumeció de la ansiedad. Sus palpitaciones eran cada vez más aceleradas y su corazón se escurría de los nervios.

Y entonces lo vio. Esbelto, impecable, vigoroso, disponible. Un hombre de tez blanca y pelo oscuro montado a un corcel negro la esperaba. El le sonrió y Pierana se deshizo en sus brazos. Sintió pasión, ardor, delirio, liberación.

—Sabía que vendrías a mí —le dijo el hombre sin modificar la sonrisa que tenía dibujada en los tiernos y viriles labios.

Pierana no lo podía creer. Tantas tardes de sus días escuchando su silbido, esperando ese vehemente momento. Y ahora era tan real: Tan fervoroso. Tan merecedor de tomar su mano y no soltarlo nunca jamás.

Se irían juntos. Pierana no volvería a trabajar con las viejas y tendría esa vida que tanto anheló, que tanto imaginó concretar junto a su hombre.

Su sociedad la juzgaría. Eso ya lo tenía bien claro. Pero siempre lo habían hecho. Siempre fue vista como la descarriada, la corrompida, la rebelde; y ya no le importaba lo que pensarán los demás, es más... nunca le había importado.

—Yo también puedo —repitió una vez más la joven.

Y sin vacilar se echó a andar junto a ese nuevo amor. Un hombre que le ofrecía todo para explotar esa felicidad que tenía reprimida tras unas pestañas untadas con aceite, una boca pintada y un delantal mojado con agua de río.



Atardecer teñido de negro

Silvio Álvarez, Lucas Cambeses
y Sergio Vásquez

ANTES QUE NACIÉRAMOS nosotros, mi hermano Lucas ya sabía lo que era cagarse de frío, no tener un mango para comer, ni una familia que se preocupara por él. Pero, a pesar de todo eso, siempre fue un tipo que se la jugó por nosotros, sus hermanos, y nos imaginaba con un futuro muy distinto a lo que le había tocado vivir a él. Quería que estudiáramos, que tuviéramos un buen laburo y que fuéramos buena gente, que fuéramos buenos padres.

Mi vieja se prostituía, mi viejo borracho la golpeaba, la poca guita que ganaba la gastaba en vino y, si le sobraba, se la timbeaba. Mi vieja fue buena con nosotros, siempre se guardaba un poco de plata y se la daba a escondidas a mi hermano Lucas para que comprara algo de comida y así comíamos un poco de pan y fideos o arroz blanco que nos cocinaba él. La única vez que tomamos gaseosa fue porque Lucas no compró todas las botellas de vino que mi viejo le había encargado.

Cuando mi hermano murió, tenía tan sólo 16 años, fue una tarde fría de invierno. Como siempre, después de timbear, mi viejo llegó a casa en pedo. Puteando porque tenía hambre y no había nada para comer, comenzó a romper lo poco y nada que teníamos. Gritando llamó a mi vieja. Cuando ella vino, se comió una piña que la tiró por el piso, cerca de donde estábamos nosotros escondidos para que no nos pegara. Nunca lo habíamos visto así, estaba sacado, cuando mi vieja se cayó, la empezó a patear.

—¡Putas de mierda!!— le gritaba mi viejo. ¿Por qué carajo no hay comida? ¿qué hacés con la guita que ganás?

Ella no se movía, con las manos se tapaba la cara. Su lindo vestido blanco estaba todo manchado de sangre. De pronto, él vino hacia nosotros con el cinto en la mano, esos cintos que

tienen la hebilla gigante, y cuando estaba a punto de darnos en la cabeza se abrió la puerta y apareció mi hermano.

—¡Qué hacés, hijo de remil putas! —le gritó y le revoleó una patada en las costillas que lo tiró al piso.

—¡Rajá de acá, pendejo, si no querés que te mate!

—¡Te hacés el macho pegándoles a las mujeres y a los pibes, a ver si te la bancás conmigo, hijo de puta!— le dijo Lucas incitándolo a pelear.

Mientras, nosotros le gritábamos que lo dejara, que lo iba a matar en serio, que se fuera. Mi viejo le encajó una trompada que lo sacó por la puerta. Me acuerdo que ya estaba oscuro y solo se veían las siluetas revolcándose en el piso, los forcejeos y los perros ladrando alrededor de las dos sombras que peleaban. Nosotros solo mirábamos por la ventana, no nos atrevíamos a avisarle a nadie. Sabíamos que nadie se iba a meter. Desde la oscuridad entró mi hermano con su camiseta de River llena de sangre. Se agarraba la panza con las dos manos. Se paró frente a nosotros, nos miró y cayó desplomado en los brazos de mi vieja. Apoyado sobre el marco de la puerta, estaba mi viejo que nos miraba con los ojos llenos de lágrimas y sosteniendo, casi tembloroso, un cuchillo que había tomado antes de salir al patio.

Nos dimos vuelta y vimos a mi mamá que se abrazaba a mi hermano diciéndole que se iba a recuperar, que iba a estar bien, que nunca más iba a dejar que pasara esto, que iban a ser felices. Lucas hizo un gran esfuerzo, abrió los ojos y le sonrió a mi vieja. Lo último que vimos de mi viejo fue cómo su sombra pasaba junto a nosotros sin mirarnos.

El perro, el pájaro y el pollo

Tamara Sander y
Mariángeles Triñanes

EL PERRO, el pájaro y el pollo. Uno mocososo, otro tramposo y el otro cariñoso.

Estaban llenos de poros asquerosos. El perro comía pera, el pájaro poroto y el pollo fumaba porro.

El pollo con pañal oloroso subió al pino poderoso.

El perro cayó a un pozo peligroso, ifue muy doloroso!

El pájaro, amistoso, con un palo le alcanzó el pañuelo. El perro se limpió en su pollera de poliéster la pintura y los pétalos.

Con paleta y pote en su poder, se fueron los tres a hacer porquerías.



Pez de porcelana en un pantano

Un porteño lujurioso
pasa nervioso y temeroso
por un pueblo peligroso.
Paisaje pobre,
Plazas peladas,
Focos pimpollos,
Piernas y polleras
pasean como péndulos.
Clientes como pulpos gozosos,
Púberes pecaminosos
con palos y piedras
parecen patrones de la penumbra.
Precipitan el clima tenebroso.
Pasos rigurosos persiguen al porteño.
Un puñal majestuoso e impetuoso,
penetra en su piel porosa.
Sangre púrpura,
como pinceladas en el piso pedregoso
Lastimoso.
Luctuoso.
Un porteño poco dichoso,
perece en un pozo
del pueblo escandaloso.

Reus Luján
Pérez Valero Mariana

GRUPO EDITOR

Proyecto y dirección: Lucrecia Reta

Editoras responsables: Lucrecia Reta, Laura Marcoccia.

Selección de textos: Melina Fit, Mariana Pérez Valero, Mariana Poliserpi, Lujan Reus, Mariángeles Triñanes, Celeste Sancho, Marta Curtit, Lilian Pérez Quesada, Micaela Román, Mauro Celeste, Mariela Arce (tutora).

Edición general: Romina Chiacchiera, Mariana Pérez Valero, Hugo Quintreman, Julio Abate (tutor).

Diseño y maquetación: Yanina Spángaro.

Ilustraciones: Santiago Amillano, Romina Chiacchiera, Florencia Dante, Laura Marcoccia, Lucrecia Reta, Florencia Barrera (tutora).

Correctoras: Laura Marcoccia, Yanina Spángaro, Ma. Emilia Pugni Reta (tutora).



Versión digital: Leonadro González, Romina Chiacchiera.

Evento presentación de la revista: Malena Alarcón, Valeria Juri, Hugo Quintreman, Romina Chiacchiera, Laura Ponzoni, Florencia Dante, Silvio Álvarez, Verónica Vale, Pamela Reyes, Lujan Reus, Juliana Nicolaus, Federico Aringoli (tutor).

Publicidad: Danisa Dutrus, Siboney Calvento, Lilian Pérez Quesada, Romina Chiacchiera, Ma. Emilia Pugni Reta (tutora).

Prensa y difusión: Valeria Juri, Laura Ponzoni, Marta Curtit, Pamela Espinar, Victoria Huenul, Lucas Martínez, Leonardo González, Lilian Pérez Quesada, Analía Civetta, Marta Domínguez.

Tapa: Viviana García

Cátedra marco del proyecto: Lengua y Discurso II, Área de los Lenguajes, Departamento de Comunicación Social.



PubliFadecs

Departamento de Publicaciones
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Universidad Nacional del Comahue
General Roca, Río Negro, Argentina
Noviembre, 2005

publifadecs@hotmail.com